

## ORNAMENTOS EPISCOPALES

Además de los ornamentos sagrados comunes á todos los sacerdotes al celebrar el Santo Sacrificio, la Iglesia señala otros especiales á los Obispos, para ejercer solemnemente las altas funciones de su orden.

Estos ornamentos episcopales, lo mismo que los sacerdotales, tienen recuerdos históricos, simbolizan grandes misterios, y dan á los fieles hermosas lecciones de santidad y sabiduría cristianas.

Las insignias que la actual disciplina de la Iglesia y el derecho común reservan á los Obispos son: las sandalias y medias, la cruz pectoral, la tunicela y la dalmática, los guantes, el anillo, la mitra, el báculo y el gremial.

## 1.º LAS SANDALIAS Y MEDIAS. —

Las sandalias ó calzado de los antiguos, especialmente de los romanos, consistían en una suela sujeta con correas, que cruzaban sobre el pie y al rededor de la pierna; pero más tarde, en tiempo de los emperadores, las personas de distinción, como los príncipes y senadores, sustituyeron ese sencillo calzado con otro más rico, llamado *compagia*, con bordados de oro y púrpura, que cubría mejor el pie.

La Iglesia, á fin de manifestar por todos los medios posibles su veneración á las cosas santas, se apresuró á prescribir á sus Pontífices el calzado senatorial, con el objeto de que los augustos misterios fuesen ofrecidos y los actos del culto divino celebrados con cierta magnificencia exterior, capaz de inspirar á los fieles respeto y piadosos sentimientos.

Fuera del ejercicio de sus funciones, los Obispos usaban el calzado ordinario, y por esta causa aun en el día el Obispo, al llegar á la iglesia y ocupar el trono, deja sus zapatos comunes y se pone el calzado antiguo, del cual se despoja luego de terminado el Santo Sacrificio.

La oración que reza el Obispo al ponerse aquel cal-

zado, recuerda que es el Sucesor de los Apóstoles; que, como éstos, es enviado á predicar el Evangelio: «Señor, poned un calzado en mis pies, á fin de que vaya á anunciar el Evangelio de la paz, y protegedme con la sombra de vuestras alas.»

Además de las sandalias, el Obispo lleva medias de seda blanca ó encarnada, según la fiesta, que le llegan hasta las rodillas. Esto es un vestigio de los antiguos reglamentos, según los cuales estaba prohibido á los ministros del sagrado altar celebrar el Divino Sacrificio con el calzado que llevaban habitualmente. Esta prohibición era común á Obispos y presbíteros; por lo

que se deduce que éstos y aquéllos usaban, para celebrar, el precioso calzado. Actualmente lo usan sólo los Obispos y únicamente en los actos pontificales.

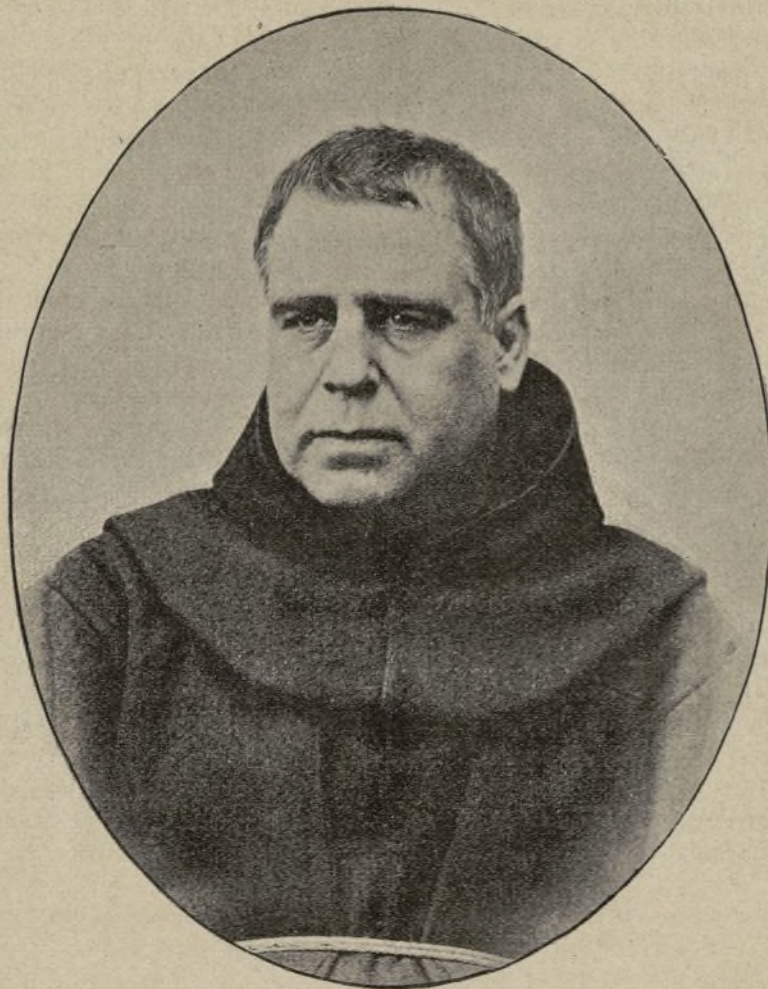
2.º LA CRUZ PECTORAL. — Durante los primeros siglos de la Iglesia los fieles todos, hombres y mujeres, llevaban una crucecita suspendida al cuello; venerable costumbre que, por desgracia, ya no existe. Para perpetuarla en cuanto le es dable, la Iglesia quiere que sus Pontífices lleven una cruz sobre el pecho, especialmente al celebrar los santos Misterios; cruz que, estando siempre á la vista del Obispo, le recuerda el Dios que murió por él, y los mártires que sellaron con su sangre la fe que profesa, pues, como lo indica la oración que reza al po-

nérsela, la cruz pectoral contiene reliquias de mártires.

En el siglo XIII los Obispos comenzaron á llevar la cruz en el pecho de una manera solemne, y comenzó á ser un ornamento ó insignia episcopal.

3.º LA TUNICELA Y LA DALMÁTICA son en el día el ornamento propio del diácono y del subdiácono. En su origen tenían mangas, y por esto el Obispo las lleva así bajo la casulla.

Desde los primeros siglos de la Iglesia la tunicela y la dalmática formaban parte de los ornamentos pontificales, pues los más antiguos Sacramentarios hacen mención de ellas, pero eran más largas y tenían mangas más anchas que en nuestros días.



M. Rdo. P. GILBERTO MARTÍN

provincial de la de San Gregorio de Franciscanos Alcantarinos

(Pág. 163)



Estos dos ornamentos, propios del diácono y del subdiácono, significan que el Obispo posee todos los órdenes, puesto que los confiere á los otros, y le recuerdan, además, su obligación de practicar en un grado superior y eminente todas las virtudes de los demás ministros.

4.º LOS GUANTES nunca se han usado en la Iglesia de Oriente; y en la de Occidente su uso durante la celebración de los santos Misterios parece no se remonta más allá del siglo VII. Los llevaban no sólo los Obispos, sino algunas veces también los presbíteros, al menos en muchas iglesias; pero desde el siglo IX este ornamento sólo se permite á los Obispos.

Se usan los guantes para recordar un hecho célebre en la historia de los Patriarcas, y dar al Obispo una importante lección de santidad.

Deseando Jacob obtener de su padre Isaac la bendición correspondiente á Esaú por ser el primogénito, se presentó á él con las manos cubiertas con una piel de cabrito, para que se asemejasen á las vellosas de su hermano mayor; y esta astucia, que indujo al ciego anciano á un error misterioso, valió á Jacob las más abundantes bendiciones. Lo mismo que Jacob, el Pontífice se presenta á pedir á Dios Padre los verdaderos bienes; y para obtenerlos, desea confundirse con su hermano primogénito, Jesucristo Nuestro Señor, así como Jacob se ocultó bajo los vestidos de Esaú, á fin de obtener la bendición paternal.

Este es el sentido de la oración que reza el Obispo al tomar los guantes. «Señor, dice, rodead mis manos de la pureza del Hombre Nuevo, que ha descendido del cielo; á fin de que, á ejemplo de vuestro amado Jacob, quien, habiéndose cubierto las manos con una piel de cordero, obtuvo la bendición de su padre, después de haberle ofrecido un manjar y bebida excelente, obtenga, por los méritos de la Víctima salvadora, ofrecida por mis manos, la bendición de vuestra gracia.»

No significa esto que Dios pueda ser engañado; sino que Dios quiere que, al presentarnos á El para obtener sus favores, seamos cual otro Jacob, es decir, cual otro Jesucristo.

5.º EL ANILLO ha sido siempre, en todos los tiempos y entre todos los pueblos, una señal de autoridad, dignidad y preeminencia. La Iglesia no tardó en adoptarlo, y quiso que el Obispo consagrado recibiese del consagrante un anillo, como signo de la eminente dignidad de que está revestido.

Es además el símbolo de la alianza espiritual que existe entre el Obispo y su Iglesia; el sello, por decirlo así, de su contrato matrimonial con ella, pues tanto entre los antiguos como entre los modernos, se imprime un sello en los contratos, á fin de confirmarlos y hacerlos auténticos, de donde proviene el uso, generalmente recibido en todo el mundo, de dar un anillo á la esposa en el acto de celebrar el matrimonio.

El anillo episcopal no sólo es el signo del desposorio místico del Obispo con su Iglesia, sino también una insignia de la autoridad del Espíritu Santo, en cuya virtud tiene el Obispo el derecho de distribuir los cargos en su Iglesia.

Según la costumbre de los hebreos, lo lleva en el dedo segundo de la mano derecha, porque dicho dedo sig-

nifica el silencio, y recuerda al Obispo el secreto inviolable de los misterios y la perfecta discreción con que debe anunciarlos; además, en la mano derecha, porque con esta mano bendice al clero y á los fieles. Estas circunstancias forman una verdadera distinción entre el anillo episcopal y el nupcial, pues éste deben llevarlo los esposos en el cuarto dedo de la mano izquierda.

Estas lecciones, tan útiles á los presbíteros y á los fieles como á los Pontífices, contiénnense en las palabras dirigidas al Obispo, cuando el consagrante le entrega el anillo en la ceremonia de la consagración: «Recibid el anillo, signo de la discreción, dignidad y fidelidad; á fin de que sepáis callar lo que debe callarse, manifestar lo que debe ser manifestado, atar lo que debe atarse, y desatar lo que debe ser desatado.»

6.º LA MITRA nos recuerda la más remota antigüedad: el sumo sacerdote y los sacerdotes sacrificadores de la ley mosaica se adornaban con ella: la historia de la Iglesia hace mención de la mitra de San Juan Evangelista y de la del apóstol San Jaime. Ciertamente que la mitra actual se distingue de la antigua, por la materia de que está hecha y por los adornos que realzan su belleza; pero en el fondo, es la misma.

Ornamento de gloria y de dignidad, la mitra recuerda al Obispo su sumo sacerdocio, la consagración de todos sus sentidos, y el perfecto conocimiento que debe de tener del Antiguo y Nuevo Testamento, figurados en las ínfulas ó cintas que caen sobre sus espaldas. Penetrado de estas ideas el Obispo, al ponérsela pide á Dios la fuerza y la discreción necesarias para evitar todos los lazos que pueda tenderle el demonio.

7.º EL BÁCULO es el emblema del poder pastoral, es el cayado del pastor, tierno símbolo que nos muestra á la Iglesia como un redil, cuyas ovejas son los fieles y cuyos pastores son los Obispos. En ella no impera la fuerza ciega y brutal, pero sí la caridad, el celo ilustrado y sostenido por la fe.

Al dar el báculo al Obispo el día de su consagración, el consagrante le dirige estas palabras: «Recibid el báculo, símbolo de vuestro gobierno sagrado; y acordaos de fortalecer á los débiles, de alentar á los que vacilan, de corregir á los malos y de dirigir á los buenos por el camino de la salvación eterna; recibid también el poder de elevar á los dignos y de humillar á los indignos, con el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo.

El báculo es para el Obispo lo que el cetro para los reyes, y según Inocencio III, su origen remonta hasta el apóstol San Pedro: entonces era un bastón largo, con un travesaño en la extremidad superior, que le daba la forma de una letra T ó de una cruz, de donde viene el habersele llamado antiguamente, y aún ahora en Italia, *cruz episcopal*. Algunas veces la parte superior terminaba en un globo de hueso ó marfil; el resto era ordinariamente de madera y las más veces de ciprés. Esta sencillez del báculo pastoral fué de corta duración; poco se tardó en darle una forma más elegante, y muy pronto, en vez de madera, se hicieron de oro y plata. La Iglesia, dirigida é inspirada siempre por el Espíritu Santo, nunca juzgó hacer demasiado para enaltecer la dignidad de sus Pontífices, y excitar así á los fieles á que les tengan el más profundo respeto y la mayor veneración.



Cuando el Obispo sube al altar, deja la mitra y el báculo, pues su poder desaparece delante de Jesucristo; revistiéndose otra vez de sus insignias al volverse hacia el pueblo.

8.º EL GREMIAL.—Cuando el Obispo se sienta durante la Misa pontifical, se coloca sobre las rodillas un velo de seda ó de otra tela preciosa. Esta tela se llama gremial, de la voz latina *gremium*, que significa girón. Sirve para poner las manos el Pontífice y para preservar sus ornamentos del contacto del libro, apoyado alguna vez sobre sus rodillas. Antiguamente lo usaban también los presbíteros al celebrar, pero desde hace mucho tiempo es un ornamento reservado á los Obispos.

## CORRESPONDENCIA

### JAPÓN SEPTENTRIONAL

*Conferencias religiosas.—Catequistas indígenas.—Descomposición del Budhismo*

El Rdo. P. Tulpín, de las Misiones Extranjeras, nos escribe desde Nagoya dándonos interesantes noticias, que leerán con gusto nuestros lectores.

GRANDE es mi gratitud hacia los generosos bienhechores que han respondido á mi llamamiento. Abundantes limosnas me permiten por fin multiplicar en mi distrito los obreros de la verdad: sin pérdida de tiempo he escogido por catequistas á los cristianos más instruídos y fervorosos, proponiéndome fundar con ellos tres nuevas cristiandades en otras tantas ciudades populosas de nuestras cuatro provincias.

Mientras que futuros apóstoles estudian á fondo nuestra Santa Religión, tomo informes para conocer el espíritu y tendencias de aquellas poblaciones, á fin de «hacerme todo para todos, y así ganarlos á todos para Jesucristo.» Este punto es de la mayor importancia, pues aunque la enseñanza religiosa sea siempre la misma, con frecuencia conviene variar la manera de exponerla, según la provincia, y aun á veces según la ciudad.

Al principio, pues, iré solo á esos tres centros importantes hasta que seamos bien conocidos. Además, en los comienzos se tropieza á menudo con dificultades que quiero evitar á nuestros catequistas, harto noveles aún en estos lances. Ved ahora la regla que seguimos comúnmente en nuestras excursiones.

Al llegar á un pueblo donde no tenemos amigos ni conocidos, nos hospedamos en una posada, y si el dueño no es recalcitrante, le alquilamos una de las numerosas salas de su casa para dar una «conferencia pública» sobre la Religión de Occidente. Luego se fijan carteles en toda la ciudad, en los que se hace constar el nombre y nacionalidad del conferenciante, lo mismo que el asunto que se propone tratar. Aun antes de la fijación de los carteles muchas personas solicitan hablar con el «Padre.» En general, son intrigantes, de buen corazón sin duda, pero de mala cabeza, que recorren la ciudad, reúnen á sus compatriotas, y son así motivo de salvación para muchos.

En la posada no hay silla ni mesa, y los prestan una escuela de la ciudad, pues nuestros nuevos amigos, como hombres que se respetan y entienden las cosas, no permitirían que el extranjero hablase de otra suerte que sentado ante una mesa. Llegada la noche, nunca falta buen número de oyentes, estando los de mayor dignidad cerca del misionero. La conferencia dura por lo común hora y media ó dos: las pruebas deben fundarse especialmente en el raciocinio y las ciencias, conviniendo terminar con una peroración moral y algo viva. Algunas citas de Confucio producen muy buen efecto. Si el público queda satisfecho, aplaude, y desde luego pide otra conferencia. El misionero, como hombre modesto y bien educado, debe al principio excusarse en su ignorancia y por no fatigar á su auditorio, y finalmente acceder gustoso.

Terminada la conferencia, menudean las objeciones, iniciándose polémicas que duran á veces hasta las dos ó las tres de la mañana. Tan sutiles, inteligentes y diestros son los japoneses en aprovechar la más ligera palabra que puedan volver contra el adversario, que el misionero necesita en tales casos mucha ciencia, tanto sagrada como profana, y no poca dulzura, paciencia y agudeza. Confieso por mi parte que nunca empiezo estas conferencias sin cierto temor, y sin encomendarme antes al Angel de la Guarda y prepararme con el mayor cuidado. Una objeción mal resuelta ó una discusión no llevada con discreción y tino perdería al misionero, lo cual es muy grave, pues se trata de la salvación de las almas. Durante nuestras excursiones apostólicas hemos dado cuatro ó cinco de estas conferencias por semana.

Sucede á veces que en el curso de las discusiones la multitud se apasiona en pro ó en contra del extranjero, y entonces se desata en improperios y aun pasa á vías de hecho. Recuerdo que una noche fuí literalmente apedreado por el auditorio, de suerte que manaba sangre de las muchas heridas que me hicieron.

Estas miserias no sólo se explican, sino que merecen excusa. ¡Qué venimos, en efecto, á proponer á este pueblo, sino que queme lo que siempre ha adorado, y que adore lo que siempre ha considerado como suprema ignominia! Justo es reconocer, con todo, que no es muy frecuente llevar las cosas á este extremo, y que á pesar de alguna viveza en la discusión, se guardan por lo común los debidos respetos. Lo esencial para el misionero es hablar con profunda convicción, y no perder nunca el dominio de sí mismo.

Al cabo de una semana, cuando ya se han dado cuatro ó cinco conferencias, acostumbran presentarse algunas personas que desean instruírse en nuestra Santa Religión. Entonces llamamos á nuestros catequistas, jóvenes en general y fervorosos, quienes instruyen á fondo á los neófitos, les comunican el espíritu cristiano y multiplican las conversiones. Esto es lo que va á suceder en los nuevos puestos que nos permiten crear los recursos enviados por la Obra de la Propagación de la Fe. Como las cosas van aquí muy aprisa, no dudo que dentro dos ó tres meses lo tendremos todo dispuesto, y que se obtendrán, con la gracia de Dios, los más consoladores frutos.

Estos catequistas que van á predicar el Evangelio á



sus hermanos paganos, recuerdan á los primeros discípulos de los Apóstoles; de esta suerte debió propagarse la fe, muchos siglos ha, en nuestros países de Europa. Consuela ver hoy á nuestros queridos japoneses, llenos de vigor y entusiasmo, combatir el buen combate de Dios. Este pueblo es sumamente apto para la propaganda; y cuando sea cristiano, á su contacto las naciones vecinas lo serán también. Así lo han comprendido los protestantes, quienes inundan el país de dinero, Biblias, ministros y diaconisas. Pero sus trabajos son más ruidosos que fructíferos.

Cierto que no contamos nosotros con tantos recursos; que un catequista nos cuesta por término medio de cuarenta y cinco á cincuenta pesetas al mes, y que luego habremos agotado las limosnas recibidas; pero abrigo la confianza de que los lectores de *Las Misiones Católicas* no me abandonarán, pues el bien que se puede hacer es grande, cierto é inmediato.

Alguien sospechará tal vez que en nuestros neófitos más hay exterior y forma que fondo; pero nada de esto. Recuérdese la admirable constancia de las cristiandades japonesas. Durante más de dos siglos y medio su historia no es otra cosa que un prolongado y doloroso martirio; sin embargo, nada ha podido desarraigar su fe. Al presente hay cincuenta mil católicos, tan valerosos como sus antepasados, de lo que tenemos pruebas todos los días, pues si bien no se ven obligados á confesar á Jesucristo entre suplicios, son víctimas de mil insultos, menosprecios é infamias, que soportan animosamente. En el momento en que escribo las presentes líneas hay en la Misión un pobre anciano de setenta y un años, de aspecto tranquilo y resignado. Al verle, nadie le creyera dotado de energía, y no obstante, por haberse hecho cristiano acaba de sufrir de parte de sus deudos y amigos una persecución verdaderamente diabólica. Actualmente, expulsado de su casa, sin dinero, sin familia ni hogar, recorre los pueblos, alquilando sus brazos, decrépitos ya, para ganarse el sustento: su fe es inquebrantable, y su corazón goza de perfecta paz.

Creo firmemente en la victoria final de nuestra Santa Religión en semejante pueblo. Las creencias budhistas se derrumban cada vez más á los golpes repetidos del Cristianismo. Los bonzos hacen supremos esfuerzos, y procuran imitar nuestros Seminarios de Europa. Pero ¿qué pueden los hombres cuando Dios no está con ellos? Todos los trabajos de los sacerdotes de Budha sólo sirven para que sea más pronta y profunda la división y descomposición que entre ellos se observa. Podéis juzgar del estado del Budhismo en el Japón, por el documento oficial que sigue:

«Tokio, año 24 de la era Meyi, día 3 del mes 9  
(8 Septiembre 1891) Circular n.º 22.

«Tenemos noticia de los preceptos de las diferentes sectas budhistas, y sabemos que imponen á todos los sacerdotes la obligación de mantener sincera benevolencia y buena voluntad y clemencia con todos los hombres, el cuidado de todas las almas que les están encomendadas, la imitación de las virtudes de sus antepasados difuntos, la escrupulosa práctica de las obligaciones

de su estado, y el celo en la predicación y propagación de la doctrina. Empero se nos ha informado que no se observan estos preceptos, y que se han formado entre los bonzos grupos de partidarios y una vergonzosa emulación para adquirir bienes y honores mundanos. Semejante conducta no es ciertamente digna de sacerdotes. Los jefes de secta deben, pues, procurar en adelante con todo ahinco reformar su conducta, y corregir con el buen ejemplo las costumbres viciosas de los demás. Elegirán para ocupar los empleos á hombres virtuosos y dignos, y huirán de los vicios de la extravagancia y vanidad. No solamente los jefes, sino todos y cada uno de los miembros deben observar las reglas de la moral y reformar completamente su conducta. Si no se toman en cuenta estos avisos, recurriremos á medidas más severas. Tales desórdenes serían suficientes por sí solos para causar la ruína del cuerpo religioso. Pudiera darle aún por algún tiempo el nombre, pero desaparecerían su fuerza y vida. Y cuando los miembros de estas sectas compareciesen ante sus virtuosos antepasados, tendrían que esconderse avergonzados. Esperamos que esta sociedad religiosa despertará sin tardanza de su letargo, y que no se turbará su paz en lo sucesivo.

«Firmado: VIZCONDE SHINAGAWA YADJIRO,  
Ministro del Interior.»

Este úkase dice muchas cosas, y sin embargo calla muchas más todavía. La prensa japonesa estuvo unánime en aprobar la circular del ministro, y en condenar la escandalosa conducta de los bonzos y el deplorable estado de desmoralización en que ha caído el clero budhista en todo el Imperio.

Para nosotros, los católicos, nuestra posición en el Japón dista mucho de ser mala. Dígnese el Señor abrazar nuestro corazón en celo de su gloria y en ardiente amor de la salvación de las almas; y al propio tiempo concedernos salud, valor y los auxilios necesarios, tanto en dinero como en personal, y su obra será grande y bella en el Japón.

## ECUADOR (América del Sur)

*Fundación del pueblo de Santa Ana de Zamora.—Ignorancia de los saltejes*

De una carta que desde Loja escribe con fecha de Octubre de 1892 el P. Fr. J. V., menor observante, al Director de *El Eco Franciscano*, extractamos lo siguiente:

**L**A casa-convento que acaba de construirse tiene la forma de una gran jaula con dos pisos; el aire y sol penetran por todos los lados, pues lo que podríamos llamar paredes del edificio están hechas con troncos perpendiculares sin labrar, y los dos pisos de troncos de palma rajados longitudinalmente. El conjunto se sostiene por medio de bejucos y lianas, que sustituyen perfectamente á las cuerdas y clavos. Esto no obstante, nos hallamos muy satisfechos por disfrutar de una comodidad relativa. La capilla, de la misma forma de construcción, quedó terminada á mediados de la Cuaresma. La dedicamos á la bienaventurada Santa Ana. Este es el nombre que ha sustituido al del Carmen con



que era conocido el pequeño caserío. Esperamos que pronto se formará un pueblo que se llamará Santa Ana de Zamora.

Tan pronto como se terminó la capilla, dimos una Misión de quince días para preparar los cristianos al cumplimiento del precepto pascual. Estos, que desde que se establecieron en esta región carecían de todo auxilio espiritual, asistían á las distribuciones con gran satisfacción y alegría; y como son de un carácter sencillo y dócil, y por otra parte tenían hambre de enseñanzas divinas, de aquí que todos correspondieran á los deseos de los misioneros. El Jueves Santo se hizo la Comunión general con aquella pobre y devota solemnidad que permitían las circunstancias.

A los pocos días de nuestro arribo, hicimos un trato con los salvajes para que ayudasen al roce del camino, conviniéndonos que mientras los peones harían el camino en la trocha hecha, aquéllos debían continuarla hasta el Sabanilla; al afecto, prometieron reunirse á mediados de Febrero. Al llegar esta fecha ningún salvaje se dejó ver. Esperamos ocho días más, con el mismo resultado. Esto nos infundió algunos recelos, por no poder explicarnos el motivo de esta ausencia, tanto más notable, cuanto que antes casi todos los días teníamos salvajes entre nosotros que venían á visitarnos. Para saber á qué atenernos, enviamos una Comisión presidida por un Padre á la primera choza, á fin de tomar las noticias que podían interesarnos. Allí se supo que to-

dos los jibaros se habían reunido en la casa de uno de los que viven en las orillas del Yacuambi para celebrar sus fiestas. Estas son motivadas por pretextos supersticiosos y salvajes; y como en ellas se comunican sus impresiones, sospechamos que en esa reunión se trataría de sus relaciones con nosotros. ¿El resultado sería adverso ó favorable? Atendido el carácter desconfiado y receloso de los salvajes, no dejaba de inspirarnos algún

recolo. Cuatro días pasamos con esta ansiedad, al cabo de los cuales vino Chuira, salvaje que nos trataba con más frecuencia, y nos servía de intérprete. Este nos dijo que los jibaros vendrían después de una luna, ó sea á mediados de Marzo, y fué preciso esperar un mes más, en la confianza de que no faltarían á su palabra, según las indicaciones de Chuira.

En la víspera de San José llegaron unos treinta jibaros, algunos con sus mujeres é hijos. Venían animosos y alegres. En la noche, acompañados de los cristianos, encendieron una gran fogata, en torno de la cual se hizo bastante bulla, dando vivas al superior de la Misión. Casi todos durmieron

en nuestra casa, y los que no cupieron se acomodaron en las de los cristianos.

Al día siguiente, fiesta de San José, llegaron algunos salvajes más, y en hora competente se preparó el altar portátil para celebrar la Santa Misa. Para llamar á los cristianos, á falta de campana colgamos dos varillas en los extremos de una cuerda, y con una tercera golpeamos á las dos, produciendo un timbre bastante sonoro.



TÚNEZ.—Una judía y dos mujeres árabes de Keruán. (Pág. 157)



Pronto se reunieron los cristianos, y también los salvajes que formaban un grupo á parte. Los más no habían visto celebrar el Santo Sacrificio, y todo lo que veían les admiraba. A medida que me ponía los sagrados ornamentos aumentaba su admiración. Durante la Santa Misa era tal su atención á las ceremonias, que no perdían de vista ninguna de ellas. Cuando llegó el momento de la consagración, y alguien les dijo, que, como los cristianos, se arrodillasen, obedecieron unos pocos, otros se levantaron y quedaron en pie, y cuatro permanecieron sentados.

Concluída la Misa rompieron el silencio conversando entre sí y hablando de lo que tanto les llamó la atención. Curioso habría sido comprender lo que decían, si para el misionero no hubiese sido un motivo de pena el ver que criaturas capaces de las luces de la fe y á pocas leguas de países civilizados, vivan en una ignorancia absoluta de la Religión cristiana, y que al hablar del augusto Misterio de nuestros altares habría de oír groserías en armonía con la ignorancia y brutales costumbres de estos pobres salvajes. Para que V. R. se forme una idea de lo que digo, voy á referirle el hecho siguiente:

Después de celebrar, dar gracias y desayunarme, salí á la huerta para gozar de los encantos de la naturaleza. Un joven salvaje, con quien había conversado otra vez, vino á hacerme compañía, y sentándose á mi lado, con bastante naturalidad me preguntó:

—*Tú bonito poniendo qué haciendo?*

—*Misa celebrando*, le contesté.

—*¿Misa qué sendo?*

—*Misa mucho bueno*, repliqué.

—*No*, me dijo, *mucho bueno, mucho comendo; poco bueno, poco comendo; tú poco comendo, poco bebendo.*

Ante esta grosera materialidad con que había interpretado el gran Misterio del altar, me quedé asombrado, pues al parecer no le había llamado la atención la majestad de las ceremonias ni la devoción y recogimiento con que los Padres y cristianos asistían, para siquiera sospechar que algo más se hacía que comer y beber. ¿Y cómo explicarle lo que la Misa es y significa, cuando la idea que tienen de Dios es tan vaga, que casi se acerca al ateísmo? Empero como no me era decoroso ni conveniente dejar de contestarle, acomodándome á su modo de hablar le repliqué:

—*Jibaro mucho tonto, cristiano mucho sabiendo; Padre más sabiendo, Padre jibaro enseñando; jibaro aprendiendo y mucho sabiendo; Misa mucho bueno, mucho grande.*

—*Bueno, bueno*, me dijo, *jibaro Padre enseñando, mucho sabiendo; Misa mucho bueno, mucho grande.*

Por la tarde de este mismo día quisieron ir á dormir en el lugar en donde al día siguiente debían empezar el roce. Era un espectáculo pintoresco á la par que triste, el contemplar como cuarenta salvajes, hombres, mujeres y niños, desfilaban en silencio por el nuevo camino, cargados de plátanos y yuca, llevando los hombres además sus lanzas ó cervatanas y las mujeres á sus pequeños, todos casi desnudos, si se exceptúan los varones de menos de doce años, que lo estaban completamente. El P. Antonio González y el que suscribe los acompañamos hasta el sitio que escogieron para levantar sus tiendas

de campaña, las que, como muy prácticos y peritos, levantaron en breve tiempo, sirviéndose para ello de las hojas de palmera. En cuatro días rozaron las dos leguas que se les habían señalado.

Durante el trabajo no perdieron la ocasión de matar las aves y monos que se presentaban en las inmediaciones, y así no les faltó carne, especialmente de mono. Como los monos casi nunca van solos, sino en grupos más ó menos numerosos, pocos son los que escapan al certero tiro de sus cervatanas. Atendidas las condiciones venatorias de estos lugares, en los que es muy difícil perseguir la caza, á causa de la espesura del bosque, la cervatana ofrece algunas ventajas sobre el arma de fuego. Si bien ésta lanza el proyectil á mayor distancia, tiene el inconveniente de que, con la detonación, ahuyenta la caza. No así la cervatana; el animal, sea volátil ó cuadrúpedo, se siente herido sin saber de dónde le viene el proyectil. Este consiste en una flecha en forma de aguja, de unos dos centímetros de largo por tres milímetros de diámetro en el centro. Cuando se trata de caza mayor, como son los monos y aves grandes, envenenan la punta, y el veneno es tan activo que en menos de tres minutos muere el que ha sido herido. De este modo un solo salvaje puede matar varios cuadrumanos sin que éstos salgan del mismo árbol.

Terminada la tarea del roce volvieron al convento. Se dió á cada uno un machete á más de otro objeto que cada cual pidió libremente según su necesidad, y al día siguiente regresaron á sus chozas.

#### ALASKA (América Septentrional)

*Origen de la Misión de Alaska.—Primer viaje del obispo Seghers en 1877.—Segundo viaje en 1886.—Asesinato del Arzobispo.—Proceso y castigo del traidor.*

El Rdo. P. Pascual Tosi, S. J., superior de la Misión de Alaska, en las regiones polares, acerca la fundación de aquella da las siguientes noticias, que no podrán menos de interesar á nuestros lectores:

EN el año 1869, cuando Rusia cedió á los Estados Unidos de América el territorio de Alaska, Carlos Seghers, sacerdote á la sazón de la diócesis de Vancouver, ardía en vivas ansias de trasladarse á aquellas inhospitalarias regiones, para anunciar el Evangelio á los indios esquimales. Pidió licencia repetidas veces á su Obispo, á cuya jurisdicción pertenecía la península entera; pero éste, teniendo en cuenta las dificultades casi insuperables de aquella empresa, no condescendió con sus deseos, y le encargó el gobierno de la diócesis, nombrándole su secretario y administrador. Al morir le sucedió el Rdo. Seghers, quien, ansioso de visitar cuanto antes á sus desvalidos hijos de Alaska, partió acompañado por el Rdo. Mandart, y al cabo de un mes de viaje llegó á San Miguel en Norton-Sound, donde se detuvo algunos días, y se convino con un indio para que le trasladase con su compañero, en un barquichuelo de piel, cuarenta millas hacia el Norte, á un lugar llamado *Unalalik*. Aquí, en compañía de dos salvajes, á pie y llevando en hombros el bagaje y las provisiones, entróse ochenta millas tierra adentro, hasta el río Yukón, el mayor de aquella península. En



la ribera de este río se agregaron á un mercader de pieles que se dirigía á Nulato, término apetecido de nuestros dos misioneros, donde pasaron el invierno, aprendiendo la lengua de aquellos salvajes, instruyéndolos en la fe católica, y bautizando algunos niños.

En el mes de Marzo, época en que los ríos están allí todavía helados, sobre trineos arrastrados por perros remontaron el río hacia el Norte hasta llegar á Nuklukayet, en la desembocadura del confluyente Tananá. Quería el Ilmo. Seghers explorar el país hasta las fuentes de este río, que tiene su origen en las montañas de Alaska, bajando después al Mar Meridional, siguiendo el curso del Cooper-River. Presentándose este viaje lleno de peligros, tanto por la aspereza de los caminos y tener que acarrear los víveres, como por la barbarie de los salvajes, volviéronse por el mismo camino á San Miguel, y al llegar el vapor salieron para San Francisco, contentos por haber dado con un país muy bien dispuesto para recibir la fe católica, con la esperanza de poder cuanto antes dar principio á una Misión.

En cuanto llegó á San Francisco, el Ilmo. Seghers recibió la noticia de que había sido trasladado á la silla titular de Canea y nombrado coadjutor del Ilmo. Blanchet, arzobispo de Oregon-City. Este nombramiento contrariaba sus proyectos; sin embargo, no dejó de trabajar activamente por su Misión querida. Dirigióse á varias Ordenes religiosas para inducir las á aceptar aquella difícil empresa, y de una manera especial insistió con el Rdo. P. Cataldo, S. J., superior de la Misión de las montañas Berroqueñas, para que se encargase también de Alaska. Nuestros Padres deseaban ardentemente secundar su santo anhelo, pero apenas contaban con personal suficiente para las necesidades más apremiantes de su Misión, y además se tenían muy escasas noticias de aquellas apartadas regiones.

De vuelta de su excursión por varios países, buscó en vano misioneros entre los procedentes de las naciones de Europa, y se dirigió otra vez al P. Cataldo. Este, sin comprometerse en cosa alguna, accedió á que le acompañasen el P. Rabout y el autor de la presente memoria. Convenimos que á fines de Junio nos halláramos en Victoria (capital de la diócesis de Vancouver), y á su debido tiempo nos embarcamos en el vapor *Ancon*, con rumbo hacia el Norte, pasando por el estrecho de Vancouver, y otros, formados por las islas de la costa hasta el canal de Lynn. Acompañábanos un criado llamado Fuller, y un canadiense. Después de cinco días de viaje desembarcamos en un lugar del territorio de Alaska, por nombre Chilkut. Allí concertamos algunos indios de la próxima aldea, para que nos sirviesen de guía y nos ayudasen á llevar el bagaje y las provisiones, y seguimos el camino de la montaña, que nos debía conducir al gran río Yukon, que sube hasta el círculo polar, y volviéndose hacia el Occidente, recorre todo el territorio de la península. Después de tres días de viaje llegamos al lago Linoman, que cruzamos en canoas hasta encontrar otro lago, denominado Bennelt.

En 20 de Agosto, después de haber implorado el socorro de la Divina Providencia, nos embarcamos en un barquichuelo. Dios sólo sabe las molestias y peligros que experimentamos en aquella ardua y difícil navegación, que duró dieciocho días, hasta llegar á la desem-

bocadura del río Stewart, donde desembarcamos el 6 de Septiembre, y deliberamos sobre el rumbo que debíamos seguir: puesto que nos hallamos en un país poblado por muchos indios, y éstos ya habían comenzado á visitarnos, determinóse que no debían abandonarse aquellas primicias de la Misión, que la Providencia nos deparaba. Por lo tanto, quiso el Arzobispo que el Padre Rabout permaneciese conmigo, y determinó salir solo con el criado.

Los dos que quedamos nos fabricamos una casita de doce pies de largo y diez de ancho, compuesta de vigas enlazadas entre sí y enterradas hasta la mitad, que al acercarse el invierno se cubrió de una capa de hielo, que en aquellos países es la mejor defensa contra el frío, tapando todas las rendijas y manteniendo así en lo interior de las chozas una temperatura tal que los salvajes trabajan en ellas medio desnudos, aún en lo más crudo del invierno.

Estaba cerca la estación de los hielos. El sol se veía en el horizonte muy pocas horas, y á mediados de Noviembre desapareció, dejándonos en prolongada noche que se iba cerrando más conforme disminuía la luz de los crepúsculos.

No nos proponíamos dar allí comienzo á una cristianidad, puesto que hubiera sido imposible mantenerla en aquellos principios, y no era éste precisamente el objeto de nuestro viaje. No obstante, empezamos á visitar á los indios de los pueblos limítrofes, y á aprender su lengua, instruyéndolos en la fe y bautizando niños y ancianos moribundos. Los domingos y días de fiesta reuníamos á aquellos buenos indios, ansiosos de oír la palabra de Dios y de abrazar nuestra Santa Religión. Mientras esto escribo, tenemos en nuestra casa de educación en Holycross cinco jóvenes de aquellos países, y cuando contemos con operarios suficientes, fundaremos una Misión en este campo de nuestros primeros ensayos.

Pasado de esta manera el invierno, el 20 de Mayo comenzó el deshielo del río, y el 25 ya pudimos salir con una pequeña canoa, con intento de alcanzar cuanto antes al señor Arzobispo, según lo convenido.

Habíamos ya navegado por el Yukon cuatrocientas millas, cuando dimos con uno de los dos salvajes, compañeros del señor Arzobispo, quien nos contó como había sido muerto traidoramente por su mismo criado Fuller.

Por el diario del Prelado vimos que el viaje desde Stewart á Nuklukayet, aldea importante sita en las riberas del Yukón, fué próspero y sin incidente alguno. En Nuklukayet, donde tuvo que detenerse un mes la comitiva hasta que estuviese enteramente sólido el hielo del río, Fuller trabó estrecha amistad con un tal Walker, comprador de pieles, inglés y de buena familia, pero alejado de su casa por sus pésimas costumbres. No les costó mucho á Walker y á dos compañeros, á quienes no les caía en gracia que un Obispo católico y los Jesuitas fuesen á aquellos países á enseñar moralidad á los pobres salvajes, y á echarles en cara por consiguiente su mala conducta, el corromper á dicho criado, quien el 29 de Noviembre disparó un tiro de fusil contra el venerable Prelado, atravesándole de parte á parte el corazón, y dejándole cadáver.



Cuando nosotros llegamos á San Miguel, nadie puede comprender el dolor que se apoderó de nuestro corazón. De los cinco que el año anterior habíamos salido de aquella población, llenos de esperanzas y de celo para preparar una Misión entre aquellos desvalidos indios, uno se había perdido, ó lo habían despedazado las fieras, otro había sido muerto por el criado traidor y asesino; no quedando más que nosotros dos en aquellas inmensas y solitarias playas, entre gente pobre é incapaz de proporcionarnos el menor auxilio. Además no sólo no recibimos socorros desde San Francisco, pero ni siquiera carta ni noticia alguna. Hay que advertir que Fuller, no satisfecho con el crimen que había llevado á cabo, estaba maquinando otro, á saber: matarme también á mí, si hubiese podido. Pero yo procedí con cautela, y él cuando supo que era nuestra intención volver á San Francisco, tuvo el descaro de escribir al agente para que pusiese trabas á nuestra salida.

Un ministro inglés protestante, llamado Parker, que había venido á San Miguel con el intento de ocupar antes aquella Misión, había ya escrito á la Misión anglicana de Kuskuquin (bahía de la Alaska Meridional), que los Jesuitas habían asesinado al Arzobispo católico. Desde allí se esparció la calumnia hasta Unalaska (isla principal de las Aleutinas, y centro importante de la Compañía Americana para la pesca de las focas), desde donde se propagó por todo el país.

Cuando llegó á nuestros oídos cómo se había divulgado solapadamente en San Miguel y en todo el país, pareciéndonos que habría tomado creces con nuestra salida; y así determinamos no abandonar el campo, según esperaban nuestros adversarios, especialmente los protestantes.

Propuse al P. Rabout que partiese solo á San Francisco para llevar la infausta noticia de la muerte del Arzobispo y tratar de la Misión. Pero el Padre no se sentía con fuerzas, y se ofreció quedarse en aquellas apartadas regiones.

Llegado el momento de separarnos, di el último abrazo al buen Padre, prometiéndole que haría cuanto pudiera para volver aquel mismo otoño, ó á lo más tarde al año siguiente cuando empezase la buena estación.

Habiendo zarpado de San Miguel en el vapor *Dora*, después de cinco días de viaje llegué á Unalaska: allí estaba ya esperando el *Revenue Cutter*, perteneciente al Gobierno americano, al mando del capitán Healy.

Este apenas me vió, pidióme el nombre del Padre que había asesinado al Arzobispo, según las noticias y las cartas que habían llegado de San Miguel. Contéle en breves palabras, delante de los otros oficiales, la historia genuina del asesinato, y como quiera que el tiempo apremiaba, y á las cuatro de la madrugada debía él salir para San Miguel, les di un *affidavit* para arrestar á Fuller como asesino. Y en efecto, fué éste preso y llevado á bordo del vapor. Fué también arrestado como testigo, uno de los dos indios compañeros del Prelado, mandándose que se prendiese también al otro y le retuviesen en San Miguel hasta la vuelta del mismo vapor. El agente de la Compañía hízole prender y llevar á San Miguel, pero el sencillo joven, espantado, halló medio de hurtar el cuerpo y esconderse precisamente cuando debía ser llevado á bordo. Mas tarde confesó que no ha-

bía querido ir á la ciudad como testigo porque le habían dado á entender que le ahorcarían, ó á la menos le detendrían en la cárcel.

El juicio se tuvo en Sitka: nadie defendió eficazmente al Arzobispo: faltaba el testigo mejor del suceso: al otro se le sacó lo que se quiso, tanto más que Walker, rogado por Fuller, asistía como intérprete. De todas maneras, el asesino fué condenado á diez años de cárcel, y los Jesuitas se vieron libres de aquella infamante calumnia.

Podemos ahora exclamar: *Judicia Dei inscrutabilia!* Dios ha querido el sacrificio de una preciosa vida para reducir á la verdadera Religión las apartadas regiones de Alaska. Hasta que aquella tierra fué regada con la sangre de un mártir, no brotó más que abrojos; pero ahora ya se ha trocado en fértil campo de merecimientos para los misioneros, y de opimos frutos para el cielo.

## UN MÁRTIR DE LA FE

El día 7 de Julio de 1860 sufrió en Damasco, la ciudad industriosa del Oriente, cruento martirio y dolorosísima agonía un fraile orensano, conocido en el siglo por Juan Jacobo Fernández, de humilde familia labradora educada en el santo temor de Dios.

Nació en Moire, pequeña aldehuela situada entre los Mesones del Reino, el Arenteiro y las feligresías de Torrozueta y Carballeda, en la carretera de Orense á Santiago. Allí recibió cristiana educación y aprendió un oficio para consagrar al trabajo diario su actividad, su energía y sus aptitudes. Muy joven aun ingresó como novicio en el monasterio de Osera. Al tener lugar la exclaustación, el entonces novicio, que no había recibido todavía órdenes sagradas, tuvo que volver al mundanal ruido. En Orense trabajó sin interrupción desde 1837 á 1857, en el oficio de sastrería. A principios de 1858 llegó á su noticia que hacían falta misioneros en Tierra Santa con objeto de evangelizar infieles y llevar la luz del Cristianismo á pueblos oscurecidos por la ignorancia, y en el acto, sin previo consejo de amigos ni de parientes, se alistó en la milicia de Cristo tomando el camino de Santiago de Compostela, y ofreciendo sus servicios en el convento de Padres Franciscanos.

Desde Santiago se despidió para Alejandría y Belén, en carta cariñosa llena de esperanzas, y desde Jerusalén avisó su llegada á la residencia monástica de Damasco, cerca de las ruínas de Palmira, cada día más alentado por el deseo de servir á la Religión. Ya en las Misiones, ejerciendo su sagrado ministerio, mostrábase enorgullecido por los progresos realizados y por la numerosa grey que atraían á la fe católica.

Cuando estaban los Padres Franciscanos más satisfechos de su obra, eminentemente educadora y cristiana, el populacho de Damasco, con la complicidad, ó por lo menos, con la indiferencia de las Autoridades turcas, penetró en el convento español, y con un ensañamiento de crueldad extraordinario sometió á las más duras pruebas la fe inquebrantable de aquellos Religiosos.



Allí les amenazaron con cuchillos y gumías aceradas si no pisaban el signo de la Redención; allí les pincharon y amordazaron si no renegaban de la Religión católica; allí les sometieron á toda clase de tormentos, martirizándoles á cada hora y á cada instante y prolongando las horas de una agonía lenta que hacían apetecible la muerte; allí sufrieron los dolores más agudos y escucharon las imprecaciones más soeces, sin conseguir amortiguar su fe y sin debilitar su energía moral; allí se les perdonaba la vida si realizaban algún acto ostensible contra el Cristianismo, negándose con insistencia y con protesta á tales invitaciones, que consideraban ofensivas á sus sentimientos católicos: allí entregaron sus cuerpos á los verdugos, reiterando sus creencias religiosas y saliendo de sus labios el dulce nombre de Dios; allí perdonaron á sus enemigos los actos de salvajismo con ellos realizados para morir como cristianos.

Fr. Juan Jacobo Fernández, único gallego de los

se halla suspendida sobre su cabeza el hacha del verdugo, es de una realidad aterradora, y la noble figura del monje de un exacto parecido. La actitud humilde de la víctima; la fiera de sus carceleros; la altivez provocadora de los guardianes; el reflejo de la luz que penetra en la capilla y el altar, y la cruz que se observan en la penumbra, produce profundísima impresión.

De ese lienzo histórico se ha sacado una copia, que los Padres Agustinos regalaron á uno de los sobrinos del fraile martirizado, el Dr. Losada. Y la fotografía se ha encargado de propagar el cuadro por medio de tarjetas manuales que llevan la siguiente inscripción: «Venerable Hermano Fr. Juan Jacobo Fernández, martirizado en Damasco, con otros siete Franciscanos, en 7 de Julio de 1860.»

Las ocho víctimas de Damasco, sometidas á los más crueles tratamientos, siete de ellos españoles, y uno



COSTA DE BENÍN.— El río Ogún, cerca de Oyo. (Pág. 159)

ocho Franciscanos sacrificados, pronunció las siguientes amorosas palabras en los momentos de ser villanamente asesinado: «¡Creo en Dios!»

El humilde franciscano que, con sus heroicos compañeros, dió tan alto ejemplo de entereza y de resignación, tiene y conserva parientes en Galicia y fuera de ella.

La Comunidad de Padres Agustinos residentes en el monasterio del Escorial, deseosa de conservar en lienzo, para edificación de las gentes, el suplicio de dichos frailes Franciscanos, ha pintado varios cuadros, en los que aparece con los más lúgubres colores el martirio de los ocho heroicos misioneros, entre ellos el de Fr. Juan Jacobo Fernández.

El cuadro, que presenta al hijo de Moire en los momentos en que hace y reitera la protestación de la fe y

italiano, han obtenido de la Iglesia universal la más hermosa de las recompensas, la declaración de beatitud, previas las pruebas, informes y testimonios contrastados en juicio contradictorio. Los que han pagado con la vida y sufrido resignados todos los ultrajes, todos los atropellos y todos los martirios, bendiciendo el santo nombre de Dios, han sido beatificados como recuerdo á la cristiandad de tan gloriosa muerte.—F. G.

#### LOS MISIONEROS JUZGADOS POR SUS ENEMIGOS

HABLANDO sobre la influencia francesa en el extranjero, Julió Simón, después de rendir homenaje al valor de los exploradores, habla de los misioneros en estos términos:

«Confieso que no admiro menos á los misioneros, á



esos hombres impulsados por el amor de Dios y del prójimo. Tenemos en Francia dos ó tres Seminarios, pertenecientes á Órdenes diferentes, de los cuales salen jóvenes, después de haber hecho estudios especiales, no sólo para dejar la patria y la familia y renunciar á la sociedad de los hombres civilizados y á todos los goces de la vida, sino para condenarse con corazón alegre á las privaciones, á un trabajo excesivo y á los más tremendos peligros. Saben al partir que llevan menos probabilidades de regreso que de sucumbir á la enfermedad ó de perecer en horribles suplicios. ¿Qué esperan?

«Ningún interés humano los mueve, pues que su vocación es definitiva; no piensan en la gloria; nada hacen para ser conocidos fuera de su Comunidad, y esa misma Comunidad no puede ofrecerles más que oraciones, cualesquiera que sean sus méritos. Andan, no obstante, á través de vastas soledades y de arenas sin fin, bajo la bóveda de selvas incultas pobladas de fieras, ó de salvajes más feroces aún que los chacales y panteras. Si el hambre, la enfermedad ó una flecha emponzoñada los detiene en su camino, el cuerpo permanece allí en donde cayó para ser pasto de hienas ó de buitres, y Dios recibe sus almas. Si logran llegar al seno de una tribu, entonces comienzan los verdaderos peligros junto con el apostolado. Si se les ataca no se defienden; ni los que sobreviven vengan á los muertos; no predicán ni practican sino el amor. Si el Gobierno los tolera, apresúranse á erigir tres monumentos: una iglesia, un hospital y una escuela. Pronto acostumbran los salvajes pedirles la salud, alguna noción de lectura, y la idea de Dios; y poco á poco experimentan el dulce influjo de la caridad.

«Se les llama Hermanos ó Padres, y en efecto son hermanos, compañeros de miserias, más infelices muchas veces que aquellos á quienes prodigan sus socorros; padres también, consejeros, defensores. Con su sola presencia hacen conocer y amar la patria.

«Admirad ahora un contraste. Ellos van lejos á servir nuestra causa, á morir por Dios y por nosotros; mientras que aquí los lanzamos de nuestras escuelas, hospitales y casas de beneficencia.

«Gambetta decía que la laicización no era artículo de exportación; con su clara inteligencia comprendió al fin que no se puede perseguir á los Religiosos en Francia y aprovecharse de sus virtudes en el desierto. Dejadles al menos la libertad de consagrarse á vuestro servicio aquí, pues que allá viven y mueren por vosotros. Por ellos Francia ha representado hasta hoy el Catolicismo fuera de los confines del mundo civilizado. Hágase lo que se quiera; para los salvajes: semi-salvajes y civilizados de las regiones orientales, francés es sinónimo de católico, é inglés de protestante: empeñarse en suprimir el Catolicismo entre nosotros equivale á trabajar por suprimir en Oriente el prestigio de Francia. ¡Gran necedad esa de hablar de clericalismo! Jamás el clero ha sido tan respetado del poder civil como en la época en que los Jesuitas tomaban moralmente posesión de China. No preguntéis al misionero si es clerical ó realista: lo que ama más, después de Dios, es su patria.»

Julio Simón no es un devoto, ni siquiera un cristia-

no práctico. Esos acentos de la buena fe, que confiesan la verdad en donde quiera que le muestra su radiante faz, consuelan de tantos ataques desleales y negaciones absurdas, que el espíritu de secta provoca contra el fallo de la conciencia, la clara luz de la evidencia y el dictamen del sentido común.

## EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE JERUSALÉN

LA Obra de los Congresos Eucarísticos ha acordado celebrar este año su solemne Asamblea en la Ciudad Santa en que se instituyó el Sacramento de la Eucaristía y en que se llevó á cabo la redención del género humano. No es el consuelo y la devoción de visitar los Santos Lugares lo que ha motivado únicamente esta designación. Otro móvil nobilísimo ha existido también...

¿Quién sabe si, como dice el cardenal Langenieux en su carta al Obispo de Lieja, los griegos se sentirán tocados en el corazón como lo fué el apóstol San Pedro por una mirada de Jesús, á quien aman, pero á quien no saben seguir y reconocer en la persona de su Vicario? La unión de la Iglesia cismática griega á la ortodoxa; he aquí una aspiración que justifica plenamente cuantos esfuerzos hagamos en pro del Congreso Eucarístico de Jerusalén.

Por eso Su Santidad León XIII se ha dignado dirigir un Breve al cardenal Langenieux, arzobispo de Reims, designándole como legado suyo para presidir tan solemne Asamblea, y concediendo la bendición apostólica á todos los que tomen parte en ella.

España, la católica España, en donde ha brillado siempre tanto la devoción al Sacramento de la Eucaristía, no puede dejar de asociarse á sus hermanos de Francia, Bélgica, Suíza, Italia, Alemania y otras naciones, enviando á algunos de sus hijos para que asistan al Congreso de Jerusalén, é inscribiéndose otros como socios del mismo para contribuir á sufragar los gastos que ha de ocasionar su celebración.

El Congreso empezará el 11 de Mayo, fiesta de la Ascensión, y terminará el 21 del mismo mes, festividad de Pentecostés. Para facilitar la asistencia al Congreso se organizará una peregrinación formada por los socios del Congreso Eucarístico, que se dividirá en tres secciones, quedando á voluntad de los peregrinos el agregarse á una ú otra de éstas. La primera expedición saldrá de Marsella el 12 de Abril, llegará el 14 á Civitavecchia; allí desembarcarán los peregrinos, dirigiéndose por ferrocarril á Roma, en donde permanecerán cinco días, siendo recibidos en audiencia solemne por Su Santidad, volviéndose á embarcar el día 21 en Nápoles. Los de la segunda expedición saldrán de Nápoles en ese mismo día, uniéndose á los que salieron de Marsella. El día 27 de Abril llegada á Caifa y al Monte Carmelo. El sábado, 29, llegada á Nazaret. El domingo, 30, Misa solemne en el santuario de la Anunciación, procesión y principio del mes de María. El lunes, 1.º de Mayo, se dividirán los peregrinos en tres grupos, el primero de los cuales se quedará en Nazaret y visitará el Monte Tabor, Canaán, etc., mientras



que los otros dos grupos, además de estos puntos, visitarán Tiberíades y Cafarnaum. El miércoles, 3, se reunirán en Nazaret los tres grupos. El jueves, 4, los grupos primero y segundo partirán para Caifa, embarcándose allí para llegar á Jafa el 5 por la mañana y á Jerusalén el mismo día por la tarde. El tercer grupo atravesará la Samaria á caballo, y llegará á Jerusalén el lunes, 8, por la tarde.

La tercera expedición saldrá de Brindis (Italia), el martes 9 de Mayo, por la noche, para llegar el sábado 13, por la mañana á Jafa, y por la noche á Jerusalén.

El martes, 23 de Mayo, se embarcarán en Jafa todos los peregrinos, llegando á Brindis el 27 y á Marsella el 30 ó 31 de Mayo.

En cuanto á los precios del pasaje y gastos de peregrinación, incluso los de alojamiento y comida en Tierra Santa, son los siguientes:

Para los peregrinos que salgan de Marsella ó de Nápoles.—Primer grupo: Primera clase, 820 francos; segunda clase, 650 francos; tercera clase, 485 francos.—Segundo grupo: 55 francos más que los del primer grupo en cada una de sus clases.—Tercer grupo: 75 francos más que los del segundo y 130 francos más que los del primero.

Para los que salgan de Brindis.—Primera clase, 725 francos; segunda, 555 francos; tercera, 390 francos.

De todo lo referente al Congreso informarán más detalladamente el M.ltre. Sr. D. José M. Caparrós, canónigo arcipreste de la Catedral de Madrid, Hortaliza, 112, principal; D. Rafael Rodríguez de Cepeda, catedrático de la Universidad de Valencia, y el reverendo Padre Superior de los Hermanos de las Escuelas cristianas de Barcelona, á quien podrán dirigirse los que deseen obtener el correspondiente billete.

## DE CARTAGO AL SAHARA

POR EL Rdo. P. BAURÓN, MISIONERO APOSTÓLICO

### IX

*La mezquita de los Sables.—La primera iglesia de Keruán.—El chauch Hassein.—Los Suks.—El lavado de la lana.—El estanque de los Aglabitas.—Adornos de las mujeres.—Los juegos.*

EN compañía de Hassein visitamos la mezquita de los Sables, tan triste y desnuda, como rica y adornada es la del Barbero. Consta de una sola nave, en la cual se conserva el sepulcro del santón en cuyo honor se levantó la Djamaa.

Era este personaje un herrero dervís, á quien se le había metido en la cabeza que llegaría á ser un hombre célebre. Sobre un sarcófago hay una colosal pipa de madera: únicamente los labios de Gargantua hubieran podido tener tan inverosímil *chibuk*. En dos astilleros monumentales se ven vainas tan grandes como vigas, guarnecidas de metal cual puertas de prisión, y pintarrajeadas de colores brillantes. Los sables han desaparecido. Pero muéstranse todavía en un cercado, al otro lado de la calle, áncoras gigantescas, más voluminosas que las de los modernos acorazados. Probablemente son obra del dervís, como los sables y la pipa, pues carecen

de las proporciones requeridas para ser útiles en el mar. Su existencia en Keruán no deja de llamar la atención del pueblo, lo mismo que de los extranjeros.

Una ancha calle entre dos altas paredes separa la ciudad del arrabal de los Zlass, que se comunican por medio de la puerta de los Ciruelos, Bab-el-Kukha. Cuando la puerta está cerrada, el paso de la ciudad al arrabal queda reducido á una poterna exigua y tortuosa, en forma de S, practicada en el espesor del muro, que no permite á un hombre armado penetrar en el recinto, ni á un ladrón huir sin detenerle algún tiempo.

En este camino de ronda, lejos del centro de la ciudad y del barrio europeo, ha establecido su residencia el primer párroco de Keruán. Ningún templo se había levantado aún en el recinto de la ciudad, á pesar de que la población católica ascendía ya á trescientas personas, y vivía sin sacerdote ni culto. El cardenal Lavigerie envió allí al Rdo. Talis para organizar el servicio religioso. Una bodega le sirve de capilla, y algunas tablas componen el altar y la sacristía: su pobreza puede compararse á la del establo de Belén.

Algunos musulmanes se han puesto ya en relaciones con el morabito francés, y le proponen casos de conciencia. Los niños, amedrentados al pronto por el color oscuro de su traje, empiezan á acercársele, y aceptan sus regalillos, refiriendo después á sus madres que el hombre negro no se los ha comido, como se les había hecho creer.

Un tipo legendario en Keruán es el de nuestro cicerone, el chauch Hassein, empleado en el registro civil. De elevada talla, esbelto, venerable aspecto y expresiva fisonomía, Hassein tiene la mano delicada y maneras afables. Con aparente modestia refiere que el miércoles 26 de Octubre de 1831, tuvo el insigne honor de ser designado por el califa para entregar al general francés las llaves de la ciudad, siguiendo el consejo que le dió de rendirse. Añade que no es tunecino, sino argelino de nacimiento.

Si os acompaña al bazar, el tapiz que el mercader os muestra es ciertamente el mejor que puede comprar un Rumi: Hassein os dice que el vicecónsul, Sr. Cánova en persona, quiso adquirirlo por noventa pesetas, pero en vano. Os murmura al oído que el tapiz es obra de su hija. El mercader pide por él ciento veinte pesetas; pero, á fin de complacerlos, Hassein ordena que sea cedido por ciento.

Un hecho ya antiguo revela el carácter astuto y mercantil del cauteloso argelino. Acompañó á un inglés á ver la mezquita, y no pudiendo éste penetrar en el recinto, ofreció cincuenta pesetas á Hassein para que contase las columnas de las naves. La cosa era fácil, pero el cicerone supo hacerla difícil. Fué á pedir al *mufti* permiso para contar las columnas.

—Todos los que han cometido este sacrilegio, contestó el interrogado, han quedado ciegos durante el año. Cuéntalas, pues, si quieres que te suceda tamaña desventura.

Hassein se volvió al inglés, y le dijo:

—El mufti me afirma que si cuento las columnas perderé la vista. Soy padre de familia y buen musulmán. ¡No querrás causarme semejante perjuicio!

Comprendiendo el inglés de qué se trataba, le entre-



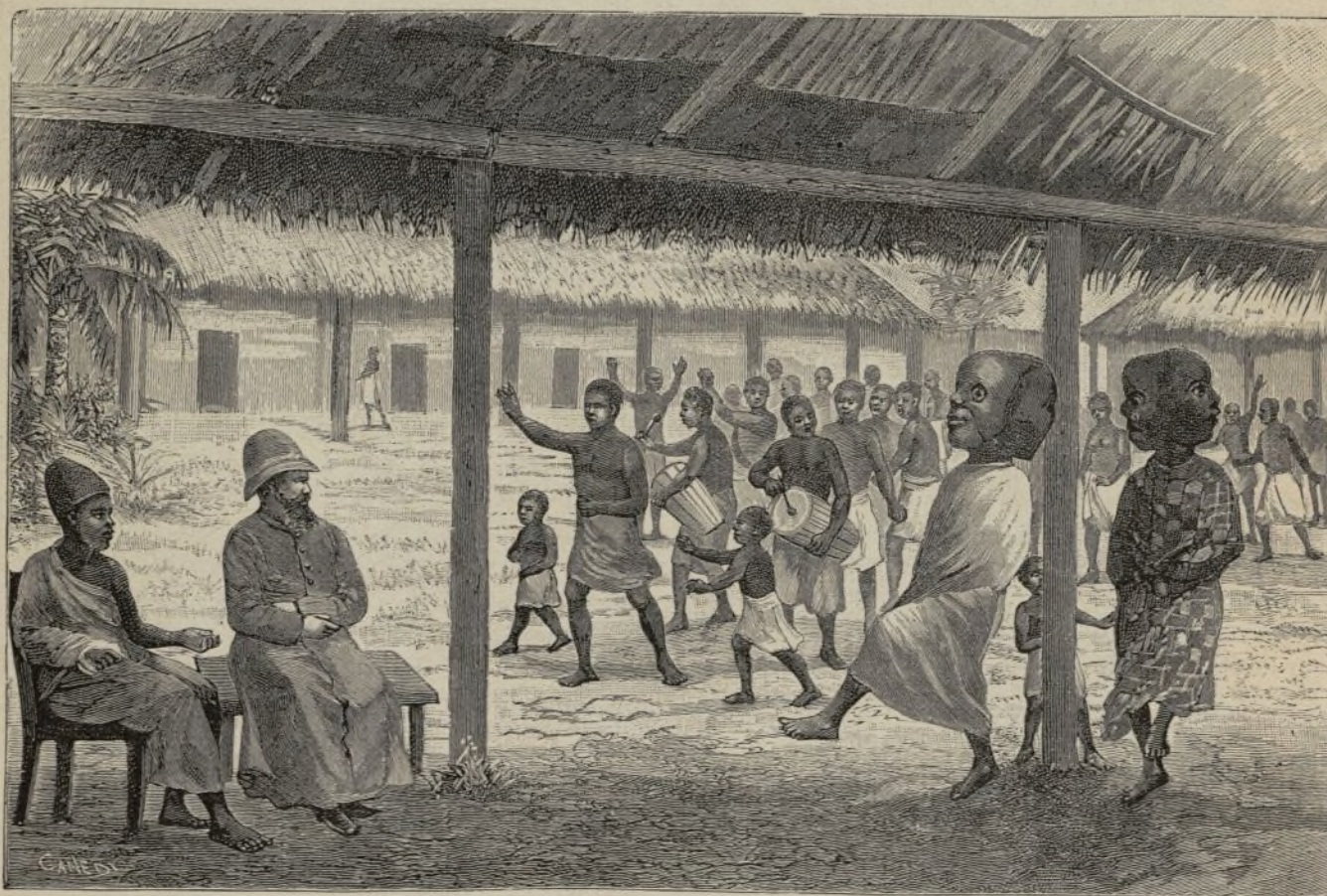
gó doscientas pesetas para colirio. Hassein contó las columnas, y goza aún de vista, y ejerce su oficio de cicerone, de intérprete, de agente de policía y de mercader.

En la mezquita de los Sables hay dos tablas cubiertas con inscripciones árabes, en las que se lee que en 1881 Alá, siempre clemente, pondrá las llaves de Túnez en manos de los franceses. Esta inscripción fué desenterrada pocos días antes de la rendición de la ciudad, y las palabras proféticas que contenía impresionaron vivamente á los habitantes. Malas lenguas pretenden que Hassein, de acuerdo con el mufti, no fué extraño á la composición de la profecía ni á su enterramiento en el suelo, de donde la sacaron oportunamente.

Dejemos ya este personaje típico, que compendia las

Los Suks de Keruán no son tan lujosos como los de Túnez. La industria indígena se adapta mejor á las necesidades más sencillas de los provincianos. Véndese allí especialmente á las gentes del campo, y la fabricación se circunscribe á los estrictos menesteres de los clientes de los aduanares. Las sedas, los bordados de oro y las telas multicolores son más raras, predominando la lana blanca de los albornoces, los cueros amarillos y rojos para babuchas y cinturones. Gozan mucha fama los tapices, hechos á mano con dibujos complicados, ricos y de admirable viveza de colores.

La lana es de primera calidad, y procede de los merinos de larga cola que pacen en la llanura. Después del esquila, las mujeres árabes la lavan y blanquean junto á un pozo ó en el cauce de un riachuelo. Todas



COSTA DE BENÍN.—La multitud y dos diablos bailando invadieron el patio. (Pág. 158)

cualidades y defectos de su raza, y cuyo carácter dúctil y variable me llamó singularmente la atención.

Keruán tiene dos fondas europeas y un ferrocarril Decauville, que la pone en comunicación con Sussa; está llamada á adquirir mayor desarrollo así que una vía férrea más regular la una con la costa y Tebessa. Entonces será la estación más importante de la línea central.

Con todo, es preciso modificar previamente la situación de los *habbus*. Keruán está encerrada en una inmensa red de terrenos inalienables, propiedad de las cofradías y mezquitas, lo cual constituye poderoso obstáculo al desarrollo de la riqueza pública, pues no deja lugar alguno para las personas que desean fijarse allí y fecundar el suelo.

estas mujeres, constantemente cubiertas con un velo en la ciudad, se despojan allí de sus mantos, y recogiendo la ropa entran en el agua con las piernas desnudas para pisar el vellón antes de entregarlo á la tintorería.

Asistimos á una escena de esta clase al volver de la mezquita del Barbero. Entre el estanque de los Aglabitas y el cementerio, cubierto en parte por un bosque de higueras, las aguas sobrantes forman un arroyo, en el que más de cincuenta mujeres estaban ocupadas en el lavado de la lana.

Dicho estanque, que mandó construir el príncipe Ahmed el año 241 de la Egira, no era otra cosa que una ruína monumental incapaz de conservar una gota de agua cuando lo restauró la Administración francesa. Por medio de tubos de hierro el agua de las fuentes del



Chericherat es conducida al gran receptáculo, capaz para cien mil metros cúbicos.

En el país del sol más que en otros lugares, el agua es el primer elemento de dicha y aún de vida. El Corán dice que «la mansión de los creyentes consistirá en jardines regados por arroyuelos.» El sultán Ahmed, deseando apresurar la hora de su felicidad, mandó construir en medio del lago un elegante pabellón con cuatro puertas y coronado por una cúpula que descansaba en columnas de mármol: una barca conducía al Príncipe á la agradable kiosk, en donde había reunido los otros recreos del paraíso de Alá.

Antes de la restauración del estanque los keruaneses no tenían para beber otra agua que la de los pozos del Camello. Este monumento, que se encuentra en el cen-

diferencia consiste en que la ciudad es menos populosa, y que casi todos los ciudadanos tienen propiedades en los alrededores.

Campea en los trajes extraordinaria riqueza. Los camafeos, las medallas, los brazaletes y los aros de las piernas son obras maestras de cinceladura.

Paseando por las fortificaciones vi en la calle un grupo de mujeres sentadas junto á una puerta. Estaban literalmente cubiertas de joyas y especialmente de collares hechos con monedas de plata. (*V. la pág. 149*).

Sorprendíome la elegancia de su tocado y del rico ceñidor con que se adornan. La mayor parte tienen el rostro picado, y llevan la marca de su tribu, como los camellos, caballos y jumentos. Las judías no se desfiguran de esta suerte; empero las hace repulsivas su



COSTA DE BENÍN.—Un incendio en Oyo. (*Pág. 160*)

tro de la ciudad, es una torre cuadrada, en cuyo primer piso dos camellos daban continuamente vueltas á la noria.

El agua estaba distribuída en pequeños hoyos abiertos en las paredes. Un tubo corto que sale al exterior tiene una prominencia mamilar de estuco. El transeúnte que tenía sed aplicaba la boca á la extremidad del tubo, y aspiraba fuertemente el agua contenida en el receptáculo interior. Todavía se ven en las paredes estos aparatos; pero hoy el árabe no tiene necesidad de recurrir á ellos, pues abundan en la ciudad cómodas fuentes.

Las mujeres árabes en Keruán no se presentan en público veladas con tanto rigor como en Túnez. Muchas ni siquiera tienen velo, y viven en los aduare. Esta

gordura, procurada y obtenida por un tratamiento especial.

Así que las tinieblas de la noche envuelven á la ciudad, queda poco menos que suspendido todo movimiento en las calles, reconcentrándose la animación en los cafés moriscos. Sentados en las esteras, ó en pie apoyados en la pared, los árabes escuchan atentos los sonidos de la derbuka ó las maravillosas aventuras del narrador; contemplan absortos la expresiva pantomima de un negro, que traduce en gestos las creaciones de su fantasía. Toman también parte en prolongadas discusiones, en las que cada cual manifiesta su opinión con una vehemencia que cualquiera confundiría con la cólera. Gústales asimismo el juego de cartas, de la taba, de la cruz, etc.



Dos aficionados se sientan en la arena, en la que uno de ellos traza un cuadro cortado por dos perpendiculares y dos diagonales. Los jugadores, provistos cada uno con tres piedrecitas, procuran alinearlas en la figura geométrica. Nadie creería que esta distracción infantil, tan vulgar entre los niños de Europa, lograra apasionar á hombres graves. Fórmase un grupo, y veinte ojos siguen con interés las peripecias de la lucha. Muchos árabes no pasan de ser niños grandes.

Hassein, empeñado en que presenciemos el baile del caballo y del camello, que afirma es cosa muy curiosa, original y divertida, nos acompaña á una especie de cobertizo donde una orquesta en la que predomina el tambor, llama á los curiosos.

Aparece el camello, y luego el caballo. ¡Qué decepción! Un histrión, provisto de unas quijadas de camello, y envuelto en girones que por medio de tripas rellenas figuran el cuerpo del animal, se entrega á toda suerte de contorsiones y excentricidades, llegando hasta á morder á los espectadores si no le echan en la boca un carube, que baja por el gaznate de cinc hasta un plato que el actor tiene en las entrañas del bípedo.

El caballo, figurado por el mismo estilo, hace movimientos parecidos al de este animal. No traga las monedas, sino que las toma con los dientes y las deposita en el plato, después de marear al espectador con sus saltos, carreras y bailes. Los keruaneses consideran esta diversión como una invención ingeniosa. Hassein queda estupefacto al ver nuestra frialdad, y procura demostrarnos que se necesita mucho talento para jugar á la bestia.

## DE PORTO-NOVO Á OYO

(Febrero-Marzo 1891)

MEMORIA DEL RDO. P. PIED, DE LAS MISIONES AFRICANAS DE LYÓN

### VII

**L**as sospechas que mi presencia infundió en el pueblo, desvaneciéronse al ver que el jefe me hospedaba en su propia casa. Por la tarde la multitud, seguida de dos diablos que se adelantaban bailando, invadió el patio en que me encontraba con el jefe. (*V. la pág. 156*). Eran dos hombres envueltos en anchos lienzos multicolores, con enormes cabezas de madera, de doble cara, piel de ébano, labios rojos y dientes blancos. Al son del tambor bailaron é hicieron evoluciones y saludos de todo género. Agotado su repertorio, pasé al jefe, para que se las diese, dos piezas de seis peniques (una peseta y veinte céntimos); mas éste, pretendiendo sin duda tener derecho á una tasa sobre las rentas de sus administrados, ó queriendo quizá cobrarse el precio del alquiler de la sala, entregó una moneda á la compañía, y guardóse la otra.

A las cuatro partimos para Ogún, donde llegamos al cerrar la noche.

Es aquélla una región volcánica, en la que, en vez de cordilleras regulares, sólo se ven á trechos y sin orden peñascos enormes y alturas aisladas.

El jefe nos recibe en su casa, donde pasamos la noche, sin que pudiésemos dormir á causa del lloriqueo

de los niños y la charla de las mujeres, que á las dos de la madrugada se ponen á cocer el acassa. Apenas asoma la luz del día estamos ya en pie, dispuestos á continuar nuestro camino hacia Isehin.

En un rincón de la plaza del mercado hay una roca de granito redonda y lisa, que sale poco del nivel del suelo; con unos veinte agujeros de forma oval, en los que las negras, con un majadero de palo, muelen maíz, ñame, nueces de palma, etc.

El terreno es cada vez más pedregoso y árido. La multitud de transeúntes y bagajeros indica que estamos cerca de una gran ciudad.

Después de pasar los riachuelos de Olope y Awereie llegamos á Isehin. Las casas bien construidas y aseadas, las calles espaciosas y la buena plaza mercado me recuerdan Porto-Novo. Su población parece que no baja de cincuenta mil almas.

El guía me acompaña á casa de un musulmán amigo suyo, que nos cede un rincón de su galería, ya ocupada por dos familias, y en la que con dificultad podemos instalarnos. Doy mi bastón al guía encargándole vaya á presentar mis respetos al rey y anunciarle mi visita. Habiéndose propagado con rapidez la noticia de mi llegada, gran número de curiosos acude para ver al extranjero.

Más tarde recibo la visita de dos hijos del rey de Oyo, llegados pocos días antes. Su aspecto es distinguido é inteligente: uno de ellos ha confiado la educación de su hijo á los misioneros católicos. Ambos están en buenas relaciones con los Padres, y me tratan con el mayor afecto. Después de hablar de diferentes asuntos me manifiestan que están descontentos de los ingleses, quienes prometieron muchas cosas, y no han prestado servicio alguno al país. Interrumpen nuestra conversación dos servidores del rey, que vienen á buscarme.

Voy á palacio, y me introducen en un patio circular, rodeado de una galería cuyas columnas, de madera esculpida, representan figuras más ó menos grotescas. El rey, sentado en una estera, apoya el brazo izquierdo en un almohadón. Tiene de sesenta y cinco á setenta años, y cubre su cabeza un turbante adornado con media docena de plaquitas de hoja de lata. Forman su corte una docena de mujeres de toda edad, cinco ó seis laris de ambos sexos, y un centenar de personas sentadas en el suelo.

Tiéndeme la mano, y me ofrece un asiento á su lado. Le manifiesto que el motivo de mi viaje es visitar el país entre Porto-Novo y Oyo, darme cuenta de las ruinas amontonadas por los dahomeyanos, y escribir lo que viese con objeto de interesar á los blancos en favor de los negros, víctimas de las depredaciones de Dahomey.

Después el mensajero de Oyo y el lari de Ketu, tendiéndose cuán largos eran en medio del círculo y frente del rey, besaron repetidas veces el suelo, y dieron cuenta, uno tras otro, de lo que habían visto durante el viaje.

Tan interesante les pareció á todos el discurso del lari, que se lo hicieron repetir al llegar el *bacherux* (primer jefe) de la ciudad. El rey me hizo entregar un cabritillo y medio saco de cauríes, me deseó feliz viaje,



y nos separamos, acompañándome á mi alojamiento dos ministros protestantes negros que habían sido invitados á la audiencia.

Uno de ellos, perteneciente á la *Church Missionary Society*, vive en Isehin desde hace dieciséis años, y no ha logrado todavía fundar una escuela: frecuentan su iglesia los domingos unas veinte personas, no estando aún bautizadas la mitad. El otro, vesleyano, llegó un año ha; no tiene escuela, y el número de fieles que asisten á sus prédicas es muy reducido.

En cambio hay en la ciudad diecinueve mezquitas, y otras tantas escuelas en las que se enseña el árabe. Los adeptos de Mahoma son numerosos en Isehin.

Con otra jornada de cuarenta kilómetros estaremos en Oyo. Mis hombres desean llegar pronto allá, y el día siguiente, 10 de Marzo, nos ponemos en marcha á las cinco de la mañana.

Las calles están desiertas: el canto del almuédano, desde una especie de alminar que domina una mezquita, da la señal de despertar.

Después de haber andado veinte minutos llegamos á la puerta de la ciudad, que encontramos llena de viajeros, procedentes la mayor parte de Abeokuta, cargados con cajones y placas de cinc galvanizado para la Misión baptista de Oyo.

Algo más allá de la segunda pared de cerca, vemos encima de un lecho de ramas dos cadáveres putrefactos. Son de dos negros deudores que murieron insolventes: la denegación de sepultura y la exposición del cadáver son un castigo, al mismo tiempo que el más auténtico certificado de defunción.

En el sexto kilómetro encontramos el Ogún (*V. página 153*), que baja de Abeokuta para echarse al mar en Lagos, después de recorrer, desde el punto en que nos hallamos, doscientos cincuenta kilómetros por lo menos. Aquí es ya un hermoso río de cincuenta metros de una á otra orilla, y de cuatro ó cinco de profundidad en la época de la crecida. Como se comprende, viene de lejos, pero no es navegable más arriba de Abeokuta. Lo atravieso en piragua; y mis hombres, aunque estamos en la estación seca, lo pasan con agua hasta el pecho.

Desde este punto hasta unos diez kilómetros antes de llegar á Oyo, á distancias convenientes hay seis hospederías, donde portadores y viajeros encuentran á precio módico bebidas y comestibles.

En el kilómetro veintitrés pasamos el Arvan. Este río, de treinta metros de ancho, es uno de los afluentes del Ogún, y en la estación de las lluvias debe ser muy caudaloso. Contribuyen á alimentar estas grandes arterias, seis riachuelos paralelos y separados por ondulaciones de suave pendiente y pedregoso suelo: los árboles son raros, pero algunos tienen proporciones gigantescas.

A las tres, desde la cresta de la última montaña vemos las fortificaciones de la ciudad de Oyo: el calor es excesivo, pero nos alienta la proximidad de la Misión, á la que llegamos á las cuatro: dista trescientos quince kilómetros de Porto-Novo.

Oyo es una ciudad de cien mil almas, y tiene diez

kilómetros cuadrados de superficie. El terreno poco llano, y cortado por dos ó tres ríos, es tan pedregoso que dificulta el tránsito. La mayor parte de las calles, tortuosas pero anchas, están profundamente socavadas por las lluvias. Las casas son bajas y mal cubiertas, á excepción de las del jefe, todas espaciosas y en buen estado, y con marquesina á la entrada.

Apenas hay árboles en la ciudad: dominando las paredes de cerca casi no se ven otros que lilas indígenas, de tallos largos y rectos que sirven para techar las casas: en la buena estación se cubren de flores moradas y blancas, pero sin aroma. No se ve aquí la vegetación exuberante de la costa: esta región es más alta, el suelo menos húmedo, la temperatura más elevada y desigual, y la atmósfera muy seca, y por lo tanto más sana.

La Misión, situada en la cresta del montecillo que hay en el centro de la ciudad, dista poco del mercado y del palacio del rey. La casa, con cubierta de cinc, forma dos alas, que sirven provisionalmente de capilla y de escuela, frecuentada ésta por veinte alumnos, algunos de los cuales han recibido ya la primera Comunión. Los Padres tienen como internos á unos doce niños, presentados por los jefes.

Muchas mujeres oyen Misa todos los días, y se les prepara para el bautismo enseñándoles la doctrina cristiana: algunas personas asisten regularmente á los Oficios del domingo. Esto no deja de ser un buen resultado si se considera que hace sólo cinco años que nuestros compañeros fundaron la Misión de Oyo, y que son muchas las dificultades inherentes á la instalación de una Misión católica en una ciudad pagana en que domina el Mahometismo. Lo cierto es que ninguna de las tres sectas protestantes, baptista, vesleyana y anglicana, allí establecidas mucho tiempo antes que nosotros, han logrado fundar siquiera una escuela. Los ministros leen algunos versículos de la Biblia los domingos, y llevan su celo hasta á predicar dos veces por semana en las plazas públicas; pero sin lograr mejor resultado que sus compañeros de Isehin.

¿Cómo explicar esta esterilidad? En primer lugar, estos pobres ministros no tienen la gracia que hace fructificar los trabajos del sacerdote católico. Luego, como son padres de familia, y tienen que mirar por los suyos, no pueden mostrarse generosos en sus relaciones con los negros.

A petición del P. Vermorel, el rey me concedió audiencia, á la que me acompañó el P. Barbaglia. Su Majestad estaba en un espacioso patio, rodeado de cinco ó seis personas. Después de presentarle mis títulos le hablé de mi viaje y de las ruínas que encontré en Ketu, causadas por los dahomeyanos.

—Los guerreros de Dahomey, me dijo, saquean á sus vecinos y los arrebatan para inmolárselos á sus dioses, mientras que las gentes de Yoruba son pacíficas, y se dedican á los trabajos agrícolas.

Regalóme dos sacos de cauríes y una cabra.

El mercado es lo más interesante de Oyo. Forma una vasta plaza, á la que dan sombra árboles corpulentos, cuyas raíces sirven de asiento á los vendedores.





TIERRA SANTA.—Vista de Jerusalén. (Pág. 163)

Por la tarde está llena de gente y de mercancías: encuentran allí todos los productos de la región, teniendo cada uno sitio reservado. Los víveres son sumamente baratos. Por una *galline* (un sueldo) se puede comer ó cenar. Magníficas esteras que cuestan en Lagos cinco ó seis chelines, se dan aquí por uno. Las piezas de algodón tejidas en Oyo ó sus alrededores, blancas, azules, rojas, con listas de diversos colores muy sólidos, se venden en fajas de quince á veinte centímetros de ancho, que se cosen para hacer enaguillas. Comparadas con los tejidos europeos son algo más caras, pero su duración es diez veces mayor.

Al anochecer alumbran el mercado con lámparas de aceite de palma. La confusa gritería, el incesante ir y venir de la gente, y la charla de las vendedoras alrededor de los enormes troncos y bajo el espeso follaje de los árboles, forma un espectáculo verdaderamente original é interesante.

Los bueyes, carneros, cabras y pollas, diferentes de los de la costa, donde todo parece degenerar, son tan buenos como los de Europa. La carne es excelente, abunda la leche, y los quesos de los Padres forman la delicia de los extranjeros.

Oyo, por desgracia, es una ciudad absolutamente pagana, en la que no ha podido infiltrarse aún la savia cristiana. El odio, los celos y la malevolencia causan en ella terribles estragos. Rara cosa es, por ejemplo, que en la estación seca, no tenga que lamentarse por la noche un incendio debido á alguna venganza personal. Los techos, bajos y de paja seca, se encienden fácilmente, y por poco que sople el viento, quedan reducidos á ceniza barrios en-

teros. En los cinco días que permanecí en Oyo fui testigo de un hecho semejante, y una noche durante dos horas parte de la ciudad fué presa de las llamas (V. la página 157), quedando unos diez mil habitantes sin albergue.

Esto es ya tan común que á nadie le coge de

sorpresa. En todas las casas hay un tabique de tierra cocida incrustado en la pared, destinado á dar fácil salida á la familia en el caso de hallarse la puerta inva-



TIERRA SANTA.—Vista de una calle de Jerusalén. (Pág. 162)





TIERRA SANTA.—Plaza y calle de Jerusalén, con pórticos. (Pág. 162)

didada por las llamas: derribarlo en un instante, y sálvanse por esta abertura practicada instantáneamente.

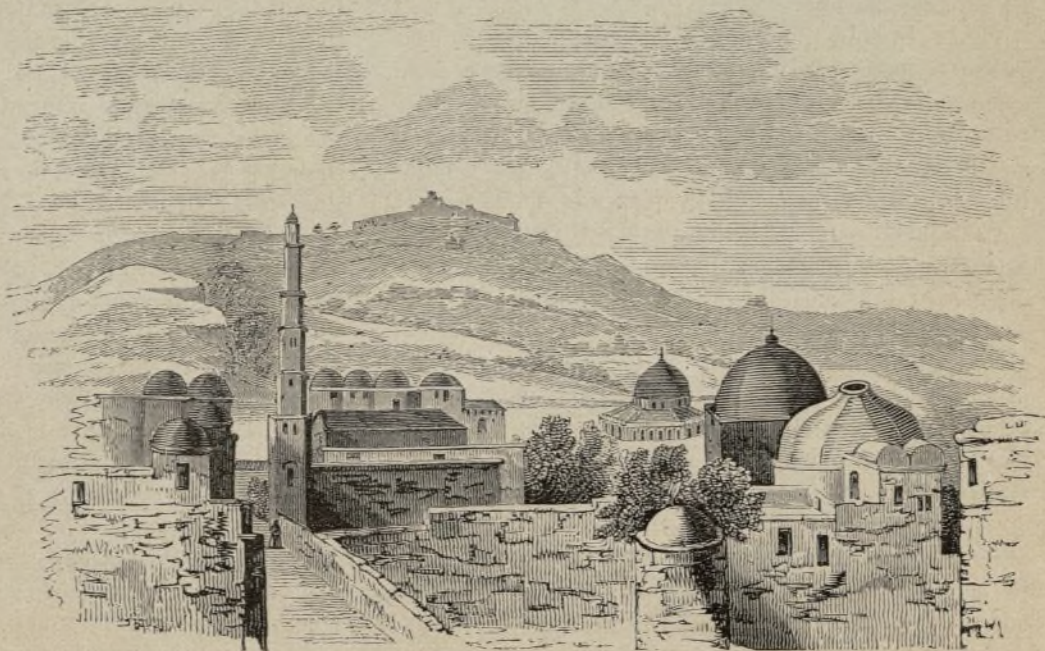
En los terrenos libres que rodean las viviendas guárdanse provisiones de paja seca para rehacer inmediatamente el techo después de un incendio. Este en Oyo no se considera como un accidente; es un suceso tan común que ya nadie le da importancia ni se entretiene en averiguaciones. ¿Cómo se explica esto? Dícese que á menudo estos incendios son obra de altos personajes, á veces de hijos del rey, y como éstos son inviolables, no hay más remedio que callar y resignarse.

#### EL DOMINGO DE PASCUA EN JERUSALÉN

AL amanecer del 1.º de Abril, Domingo de Pascua, fuí al Santo Se-

pulcro, y procurando destruir con la mente toda la obra de los hombres, que tan desgraciadamente ha desfigurado el sitio, me esforcé en imaginarlo tal como debió estar; y acaso mi imaginación, con los datos de tantos lugares de las cercanías de Jerusalén, de tantos sepulcros judíos antiguos y de tantos huertecillos recientemente vistos, no anduviera muy lejos de la verdad. Con tan poquísimo esfuerzo se representaban y casi se veían las escenas de la Resurrección que los Evangelistas cuentan con tan conciso *realismo*. Las santas mujeres, acercándose tímidamente á aquella puertecita que yo tenía frente de mí; la gruta sepulcral, con la piedra del Angel, que estaba viendo; el lugar en que lloraba Magdalena, y en que, vuelta en sí, como dice el Evangelista, cambió con el Salvador aquellas palabras: «María... — Rabboni...» tan llenas de amor y de imponderable alegría; lugar que era el mismo, según la tradición, en que yo me encontraba en aquel momento. ¡Y cuántas ideas suscitaba el vivo recuerdo de aquellas escenas! Ideas de las que resultaba participar de muy distinto modo que por acá del sentimiento que miles de labios expresan en esta fiesta, la mayor del Cristianismo, cantando el *In resurrectione tua Christe caeli et terra laetantur*.

Allí permanecí hasta el Oficio solemnisimo, que hizo el Patriarca. El altar, cubierto de plata, se había colocado, como el Jueves Santo, ante la puerta del Sepulcro. Concluída la Misa, lo quitaron, y todo el clero se revistió con ricos ornamentos, procedentes de España y Austria. En procesión magnífica, amplia, tranquila, majestuosa, cantando los himnos de Pascua, rodeó tres veces el Sepulcro y una la piedra de la unción. De trecho en trecho se hacía una pausa, y los diáconos, con toda la



TIERRA SANTA.—Monte Olivete. (Pág. 162)



pompa litúrgica latina, cantaban los Evangelios de la Resurrección. No es posible conmemorarla de un modo más hermoso, ni tampoco que haya sitio en la tierra donde se sienta como allí esa alegría de espíritu con que la Iglesia proclama el triunfo del Vencedor de la muerte.

En tales momentos no apetecía por cierto las tierras del Occidente, mil leguas lejanas; y la vida europea, rastrera, atropellada, ruidosa y mezquina, tan antipática para mí, me parecía más apartada que cuanto puede marcarse por distancias materiales.

En *Casa nova* celebramos también la Pascua. Todos los peregrinos comimos juntos el cordero y los huevos duros, que en fuentes muy adornadas cubrían la larga mesa. El P. Filippo, nuestro amable Director, brindó por todos los que la piedad había reunido en la Ciudad Santa: los de la peregrinación francesa y algunos otros le contestaron, y la animación y la alegría hicieron un momento amigos íntimos y miembros de una familia á aquellas cien personas que, venidas de los extremos de la tierra y hablando tan distintos idiomas, se habían juntado en estos días para no volver á verse aquí abajo.

Hace muchos años que, bajando por la calle de la Montera, vi en un escaparate una hermosa estampa que representaba «Los judíos llorando junto al muro de Salomón»; estampa que me hizo andar pensativo todo el día. Y no era sólo por la belleza artística de la obra por lo que tanta impresión me hizo aquel grabado, sino aún más por el asunto, que encontré lleno de grandiosa poesía. Creí entonces que era sólo un gran pensamiento de artista; mucho después supe con sorpresa que aquella composición *tan histórica* era al mismo tiempo un *cuadro de costumbres*, lo cual me hizo la cosa doblemente interesante; y el deseo de volver á encontrar la estampa y adquirirla, cedió el puesto al anhelo de contemplar el asunto en el natural, anhelo que al fin pude realizar la tarde de este día.

Coincide nuestra Pascua con la de los judíos, y éstos, durante los ocho días de la suya, van al caer el sol á llorar al muro del Templo, como hacen al empezar todos los sábados del año.

Dije á Juanillo que me acompañara, porque ya otras veces me había sido imposible dar sin guía con el dichoso muro; tal laberinto de callejuelas lo defienden (*Véanse las págs. 160 y 161*); y sanos y salvos (que sin mi acompañante no era poca cosa andando entre judíos) llegamos á la estrecha y larga plazoleta donde está.

En aquella parte de la muralla del Harán ha quedado intacta la obra primitiva, hecha con grandes sillares, algunos grandísimos, desiguales, admirablemente cortados y con el almohadillado que caracteriza las construcciones salomónicas. Las hiladas de piedras que forman el muro no están en el mismo plano, sino que cada una reentra un poco de la inferior. Esta construcción primitiva llega hasta unos doce metros de altura, y sobre ella se ve la construcción romana. El color de la piedra es un dorado claro, de tonos limpios y brillantes; por algunas partes brotan matas entre los sillares. Aquel hermoso trozo de muralla, siendo incomparablemente más antiguo que todo el resto, hace aparecer viejo á cuanto le rodea. Es una joya arqueológica que una vez vista no se puede olvidar.

Si el muro salomónico no se olvida una vez visto, menos se olvida el extraño espectáculo de los hebreos llorando junto á él. En apiñado grupo llenaban en todo el largo la mitad de la plazoleta. Jóvenes, viejos, ricos y pobres, se apretaban contra aquellas piedras, tocándolas con la frente, extendiendo sobre ellas las manos, besándolas y mojándolas algunos con sus lágrimas. Todos recitaban con tono planídero las lamentaciones, acompañándose con el movimiento oscilatorio común en los orientales. La mayor parte tenían libros; muchos las recitaban de memoria, pegado el rostro á las piedras. Vestían algunos ricos trajes de seda de colores vivos, mientras que otros llevaban viejos y repugnantes harapos. Las mujeres, sentadas en el suelo como nuestras mendigas, reclinada la cabeza sobre las piedras, dejaban oír un continuo lamento. Veíanse detalles conmovedores. Frente á nosotros un hombre joven, con una túnica de raso azul ceñida con faja de seda y el gorro guarnecido de ricas pieles, llevaba en brazos un pequeñín, y acercándolo á los grandes sillares, se los hacía tocar amorosamente con la manita y besarlos, como si fuera el cadáver de la recién muerta madre. Oíase un continuo rumor de rezos, lamentos y suspiros. El imponente muro se alzaba sobre aquella gente al parecer con cierta expresión, y hasta con cierta vida; su inanimada inmovilidad aparecía rigidez inflexible.

Quedé suspenso é impresionado. La repugnancia que me habían inspirado los judíos de Jerusalén, dió lugar en aquel momento á una conmiseración profunda.

El mismo Juanillo, que no puede con ellos y que tantas veces ha presenciado aquel espectáculo me dijo:

—¡Pobre gente, da lástima!

Bien que añadió:

—Ya habrán hecho su torta de Pascua con la sangre de algún cristiano.

No acertaba á apartarme de allí. Hay algo muy grande en aquel espectáculo, único en el mundo. Al pasar desde el Sepulcro de Cristo, junto al cual, procedentes de todos los puntos de la tierra, nos habíamos reunido para cantar en el idioma de la antigua señora del mundo aquellas mismas palabras misteriosas de los Profetas al muro de Salomón, y presenciar el llanto de los judíos, la verdad y la grandeza del *Hecho de los siglos* contenidos en las Páginas sagradas aparece con evidencia deslumbradora. Todo eso, desconocido, negado ú olvidado por la mayor parte de los que bullen en el hormiguero del mundo; todo eso, que para cuantos estamos condenados á pasar la vida en tales hormigueros, se presenta como cosa antigua, pasada, casi sucedida en otro planeta, se ofrece allí presente, palpable, con una realidad que asusta. El cumplimiento maravilloso de las profecías se ve con los ojos y se toca con las manos. Allí está el recinto del antiguo templo, del que sólo resta ese muro providencialmente conservado, la mezquita de Omar (*V. pág. 164*), levantando su esbelta cúpula de un modo insultante sobre el mismo *Sancta Sanctorum* del reprobado pueblo; ese mismo pueblo, el único que hoy queda de los antiguos, verdadero cadáver viviente con un sello de reprobación, que sólo viéndolo se puede comprender, pegado á aquellas piedras salomónicas, llorando hace diecinueve siglos su nación, su ciudad, su templo, sus sacrificios... Y al mismo tiempo el pueblo



nuevo, formado de las *gentes*, de los incircuncisos, hijos de toda nación y de toda lengua, llamados á la herencia de la Promesa, reunidos en torno del *Sepulcro glorioso*, del que fue y es la «Piedra reprobada por los que edificaban, y colocada en la punta del ángulo.»

El ánimo se engrandece; siente que la rigurosa verdad de lo que está tocando responde de la rigurosa verdad de lo que forma parte de ello y no ha llegado aún, y se ve forzado á exclamar: *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris.*

Esta conmovedora costumbre del llanto de los judíos es antiquísima. En tiempo de Constantino se les permitía á peso de oro llegar una vez al año al muro sagrado, único resto de su Templo, y llorar en él el día del aniversario de la toma de Jerusalén. En el siglo XII menciona esta costumbre Benjamín de Tudela. Hoy es el único punto del recinto del Templo, á que les es permitido aproximarse. ¿Seguirán haciéndolo hasta que se cumplan las profecías que anuncian el término de su terrible castigo? Quiero creer que sí.

Desde allí el buen Juanillo me hizo ir á la casa en que, entre turcos y judíos, ocupa un aposento, y desde cuyas azoteas se disfruta una vista de Jerusalén (*V. pág. 160*), que me gustó sobremedida. Parecían tocarse las cúpulas del Santo Sepulcro; más lejos todo el Harán, que se dominaba muy bien el Sakrah y el Aksa, y, en el último término, el monte Olivete (*V. pág. 161*). Allí vi concluir el día de Pascua. Una tarde más que recordaré siempre. Hablaba de España con Juanillo.

—¿Y V. no piensa volver allá? le dije.

—¡Ca! me contestó; yo soy muy viejo, y aunque me acuerdo de mi tierra y de mi gente... ¿qué haría yo allí? Yo quiero morir junto á esto, dijo señalando la cúpula del Santo Sepulcro.

—Tiene V. razón, le dije sintiendo cierta envidia. ¡Quién pudiera hacer otro tanto!

(Del *Viaje á Tierra Santa*, de D. A. Barcia Pavón).

## CRÓNICA

**España.**—Con el vapor *Isla de Mindanao* salieron en Febrero último siete Religiosos Franciscanos para Filipinas, juntamente con el muy Rdo. P. Gilberto Martín, Provincial de la de San Gregorio de Filipinas, que ha pasado la visita canónica á todos los conventos que tiene la Provincia en nuestra nación. Este celoso Padre, cuyo retrato damos en la pág. 145, es natural de Consuegra, profesó el año 1870, á los veinte de su edad, y después de relevantes servicios en el desempeño de los cargos que le confió la Orden, fué en 1891 elegido ministro provincial de la provincia de San Gregorio, de Reformados Alcantarinos. Hecha desde luego la visita á los conventos de su jurisdicción en aquellas islas, vino á Europa para visitar los de España y la Residencia de Roma. Cuenta la citada Provincia en la Misión doscientos veinticinco Religiosos, y doscientos diez en los colegios de España.

**Roma.**—El cardenal Vaughan ha presentado al Papa los peregrinos ingleses, diciéndole que esta peregrinación era la más numerosa que se ha verificado desde el cisma de Enrique VIII.

El mismo Cardenal también ha elogiado al Duque de Norfolk, diciendo que es un hombre que ha hecho muchísimo bien en Inglaterra.

El Duque ha depositado á los pies del Papa un volumen que contenía diez mil firmas al pie de una felicitación cariñosa al Padre

Santo y de una protesta de fe á la Santa Sede, publicadas en Inglaterra con motivo del Jubileo.

El Papa mandó á un Prelado de la corte que leyese su respuesta en latín, en la que da las gracias á los peregrinos por los dones que le han traído y les felicita por la manifestación espléndida de su fe. Al mismo tiempo les recuerda la canonización de varios mártires ingleses, y les dice que espera ver á Inglaterra volver al Catolicismo, exhortándoles á dirigir con este motivo sus oraciones á la Santísima Virgen y á todos los Santos de la nación inglesa.

León XIII ha hecho elogios de la reina Victoria por el alto espíritu de justicia con que gobierna y concede á los católicos de su vasto Imperio la libertad de practicar su Religión.

La audiencia terminó á las seis y media, con la bendición papal.

El cardenal Vaughan condujo entonces á los peregrinos á San Pedro, donde se cantó el *Tedéum*.

—Los católicos de los Estados Unidos, llenos de reconocimiento hacia el Papa por haber nombrado á Mons. Satolli su delegado en la gran República, han decidido abrir una subscripción para adquirir una residencia digna de las altas funciones del representante de Su Santidad. Así, la creación de la nueva delegación apostólica adquirirá más importancia.

—El 12 de Marzo por la mañana, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en el Castro Pretorio, el obispo titular de Trípoli, Ilmo. Luis Lasagua, salesiano, fué consagrado por el cardenal Parochi, vicario general de Su Santidad, asistiéndole los obispos Grossi y Cagliero.

A medio día, el Santo Padre recibió con gran benevolencia y en audiencia especial á los Ilmos. Lasagua y Cagliero y al reverendo Dom Rua, digno sucesor de Dom Bosco.

El día 3 de Abril el Ilmo. Lasagua sale de Roma para Montevideo, desde donde pasará á visitar otras ciudades de la América Meridional.

Vivamente impresionado el Santo Padre por la decadencia de la fe católica que se observa en algunos puntos de América del Sur, y por la activa propaganda que han inaugurado los protestantes, ha encargado especialmente al Ilmo. Lasagua que avive las Misiones en aquella parte del Nuevo Mundo en que está establecida la benemérita Congregación Salesiana, reservándose para después otros eficaces procedimientos.

No tendrá el Ilmo. Lasagua un vicariato apostólico que le obligue á una residencia fija, ni tampoco un título oficial cerca los varios Gobiernos sur-americanos, sino que será una especie de Delegado apostólico que dependerá de la Sagrada Congregación de la *Propaganda Fide*, pero directamente de Su Santidad y de la Sagrada Congregación en lo que se refiera á los asuntos eclesiásticos extranjeros.

Como su misión es dar nuevo y eficaz impulso á las Misiones Salesianas de la América del Sud, empezará visitando las Misiones del Uruguay, y por orden expresa del Papa fundará otras en el Paraguay, en donde los ingleses, que ocupan una parte de aquel territorio, han establecido Misiones protestantes. Del Paraguay, el Ilmo. Lasagua pasará al Brasil para fomentar las Misiones Salesianas, que ya existen en las provincias de San Pablo, Pernambuco, Lorena, Río Janeiro, y otra fundada recientemente en Botucatu, entre los salvajes de la Sierra de Ocorandós.

Junto con el Ilmo. Lasagua saldrán unos cuarenta misioneros salesianos que van destinados á la Argentina, al Uruguay y á la Patagonia.

**Siria.**—Un Padre Carmelita de las Misiones de Siria escribe lo siguiente:

«El día 21 de Septiembre llegó á Bagdad una joven desconocida, que venía recomendada á nuestro reverendo Padre Prefecto apostólico. Su Reverencia la recibió y le preguntó quién era, de dónde venía, etc.

«He aquí el compendio de su historia: Nacida en la nación y religión de los sabeos (conocidos generalmente por el nombre de cristianos de San Juan Bautista), vivió hasta los doce años en la choza de sus padres, en un lugarcillo de la frontera de Persia. En dicha edad la casaron con un viejo de su tribu. Pero la niña, no



pudiendo sufrir esta unión tan desproporcionada, huyó de la morada de su esposo, y marchóse á Bassorah: allí la recogió una familia de mahometanos, y quisieron hacerla ingresar en su religión, pero ella resistió enérgicamente.

«Viéndose, empero, sin cesar solicitada para abrazar el Islamismo, huyó de nuevo: y, sin saber á dónde iba, con algunas pesetas que tenía, embarcóse en un vapor que estaba en el puerto y que iba á Bombay, en las Indias.

«El Señor iba dirigiéndola á su fin! Hallábase á bordo un buen joven católico, antiguo discípulo de nuestra escuela de Bagdad, quien, enterado de su posición, encargóse de hacerla entrar en Bombay en un establecimiento de monjas inglesas.

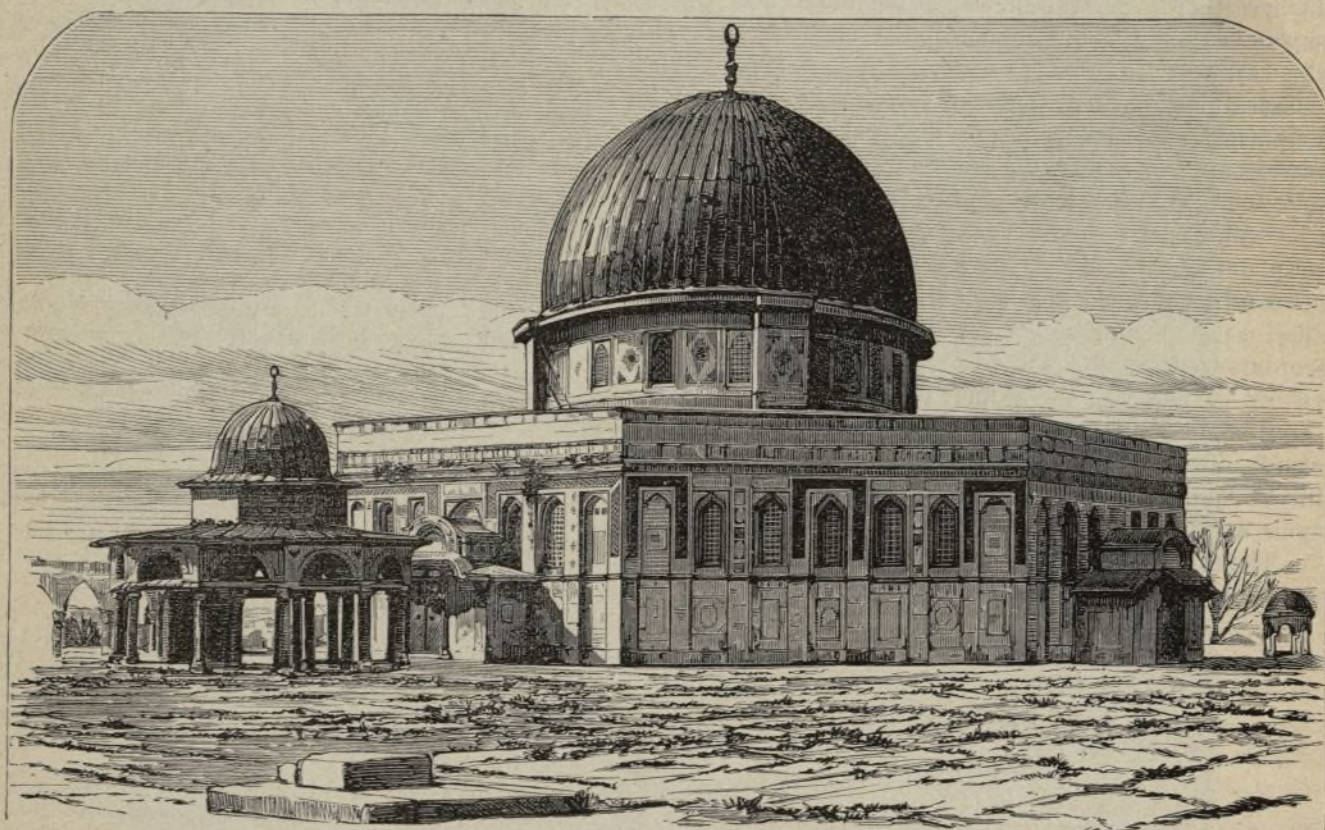
«Allí conoció la verdad del Evangelio, fué bautizada, y permaneció unos nueve años próximamente fortaleciéndose en la fe.

«Últimamente sintió el deseo de regresar á su patria, para ver su familia, y darle á conocer, si fuera posible, la verdadera Religión, que ella tiene la dicha de poseer y practicar. Llegó á Amara, en donde viven algunas familias de sabeos. Un tío suyo la reconoció y recibió con gran cariño, á pesar de su cambio de religión.

ropeo, las guardias, obedeciendo órdenes del bajá Sid-Mohamed el Suisí, se interpusieron en el camino para que el fraile y sus compañeros no prosiguiesen su viaje, y les atropellaron é insultaron con todo el repertorio de frases injuriosas que los hijos de Mahoma tienen contra los cristianos. Gracias á la actitud enérgica de los viajeros, lograron evadirse y prosiguieron su camino. Mas cuando habían andado unas cuatro leguas y estaban junto á la alcazaba de Zefaraitz, se les presentaron dos soldados armados, y en nombre del gobernador de Rabat les intimaron la orden de volverse atrás, pretextando que llevaban contrabando.

«Como los cristianos no se hallaban dispuestos á satisfacer tan absurda pretensión, los soldados les obligaron á que hiciesen venir los *adules* (notarios) de aquella alcazaba para que registrasen todo lo que llevaban y extendiesen un documento en que constase que el fraile y sus acompañantes no tenían en su poder más que lo preciso para efectuar su viaje.

«Lo menos que debe hacer España en esta ocasión es exigir que ese tiranuelo sea castigado, no sólo por el atropello que acaba de cometer con un sacerdote español tratándole como contra-



TIERRA SANTA.—Mezquita de Omar, en Jerusalén. (Pág. 162)

Pasó algunos días en medio de sus paisanos; pero como no estaba segura en aquel lugar, á causa de algunos sabeos exaltados y de los mahometanos, el sacerdote católico la hizo marchar á Bagdad, enviándola á nuestro reverendo Padre Prefecto.

«Esta joven, cuyo nombre cristiano es María Teresa, es muy piadosa, ama mucho la Iglesia y anhela por ver lucir el día en que le será dado atraer á ella á sus infelices paisanos, que están sepultados en las tinieblas del error.

«El Señor que la ha guiado y protegido en sus caminos, la guarde bajo su divino amparo hasta el fin!»

**Marruecos.**—Una carta fechada en Tánger el 9 de Marzo último, que publica un periódico de Madrid, da cuenta de un nuevo atropello que han cometido los moros con el misionero español P. Fr. José González.

«Dirigíase éste, dice, hace poco desde Rabat á Casablanca, acompañado de un moro y dos cristianos, súbditos portugueses. Cuando ya estaban fuera de las puertas cerca del cementerio eu-

bandista, mas también porque ya otras veces ha faltado á los respetos debidos á nuestro cónsul y á los frailes, oponiéndose por medios ocultos é indignos al establecimiento de la Misión católica en Rabat, contra lo consignado en los tratados, y prohibiendo á sus subordinados que alquilasen casas á los españoles.

«Bien conoce el Suisí, como conocen todos los moros, la conducta irreprochable y la manera digna de conducirse los misioneros, á quienes en los seis siglos que llevan de residencia en este país se les ha perseguido, se les ha martirizado por odio á nuestra Santa Religión: pero á nadie le ha ocurrido jamás tratarlos de contrabandistas, porque, aparte de que ese tráfico inmoral repugna á su conciencia y á su carácter de ministros de Dios, ninguna necesidad tienen de dedicarse á él, pues ni son comerciantes, ni hay moro que pueda prohibirles introducir todo cuanto quieran por las Aduanas de este Imperio sin pagar derechos, como han venido haciéndolo desde hace más de doscientos años en virtud de un sinnúmero de firmanes jerifianos, confirmados por los tratados y por el actual Sultán.



«Esto no lo ignoraba el gobernador Suisi, y sin embargo, movido de su fanatismo y de sus instintos salvajes, dió orden á sus guardias para que fuesen en persecución de tres cristianos pacíficos y honrados, particularmente del fraile español, tratándole como malechor de palabra y obra.

«Nuestro digno cónsul en Rabat, D. Rafael Acquaroni, dirigió inmediatamente una enérgica protesta al mencionado gobernador, haciéndole ver que el desacato cometido contra la respetable persona de un representante de nuestra Religión constituía un delito, tanto más grave cuanto que con ese proceder despótico había usurpado atribuciones de la autoridad consular española, pues sabido es, porque así está consignado en todos los convenios y tratados, que el Gobierno de este país no tiene ninguna jurisdicción sobre súbditos extranjeros, aun tratándose de contrabandistas, quienes en todo caso sólo pueden ser aprehendidos y juzgados por sus respectivos cónsules después de formal delación por parte de las Autoridades indígenas.

«El bajá, un tanto humillado y temeroso por lo que pudiera sobrevenirle; contestó á esa protesta con evasivas, negando que hubiese tenido la menor intervención en ese atropello y echando la culpa de todo á sus soldados; pero muy inocentes y contentadizos seríamos los españoles si nos fiásemos de las zalamerías de los moros, en quienes la hipocresía, doblez, astucia y humillación es tan connatural como el odio feroz que abrigan en su pecho contra el Cristianismo y contra todos los que no profesan la ley musulmana.

«Por lo demás, nadie sino dicho gobernador tiene la culpa de lo sucedido, pues todo el mundo sabe en Rabat que él dió la orden á los guardias de atropellar á los viajeros, como el mismo día por la noche y al siguiente por la mañana muchos moros de la ciudad estaban esperando á los tres cristianos, sin duda para tener el gusto de verlos llevar presos los dos esbirros que habían salido en su persecución.»

**Africa.**—En aquella parte del Africa Oriental que casi pudiera llamarse desconocida, el Ilmo. Courmont, misionero y colega del Ilmo. Alejandro Le Roy, obispo de Alinda, ha celebrado la Santa Misa á tres mil metros de altura. Para llegar al punto donde se situó el altar, fué necesario unas veces atravesar desiertos de arena, y otras abrirse paso á través de bosques impenetrables. Llevaba un altar portátil, como los que en la Edad Media se usaban en las expediciones y campañas, pudiendo citarse, entre otros, el que llevaba el célebre obispo D. Jerónimo, compañero del Cid, de quien han guardado memoria nuestros romances y crónicas. El citado misionero y el P. Gommenminger dieron, después de celebrada la Misa, la Sagrada Comunión á gran número de fieles. La cumbre en que se celebró el Santo Sacrificio forma parte del Kilima-Ndjaru.

—La Casa Misión de Cacoda, en el Sudoeste de Africa, ha perdido uno de sus nuevos misioneros por medio de una muerte terrible. El H. Angel, que acaba de llegar de Europa, salió una tarde á fines de Agosto último al campo á rezar el Rosario. Apenas se había separado de la casa unas trescientas yardas, paseando á la sombra de una arboleda, cuando fué asaltado y casi devorado por un león. La misma tarde llevaron los Padres á la Casa-Misión los restos despedazados de la víctima, que fueron encontrados en el lugar del desastre. Hacía solamente tres semanas que el H. Angel había llegado de Francia á la Misión de Cacoda.

**Filipinas.**—Los ilustres hijos de Santo Domingo, cuyo principal objeto es la educación cristiana de la juventud y del pueblo, tienen su Misión principal en Manila, donde fundaron en 1587 un convento, al que se agregaron después dos colegios para jóvenes y dos pensionados para niñas.

Además de los misioneros que este convento mantiene en diversos pueblos de la región, cuenta 32 Religiosos consagrados á su misión elevadísima.

El Colegio de Santo Tomás de Aquino, puesto bajo el protectorado de Felipe IV y elevado á Universidad en el reinado de Carlos III, dirigido por los Dominicos también, es un Instituto de primer orden. Lo secunda el de San Alberto.

El pensionado de Hijas de Santa Catalina, también del siglo XVII, dirigido por 36 Hermanas Dominicas, educa más de 100 jóvenes. El del Santo Rosario en Lingayen, da excelentes resultados también. Los Dominicos tienen misioneros párrocos en las provincias de Manila, Cavite y Laguna, y vicarios provinciales en Luzón, Nueva Vizcaya y en otras cuatro provincias. En resumen, la Orden de los Padres Predicadores posee en Filipinas 10 provincias, 69 parroquias, 22 Misiones, 3 Obispos, 26 lectores, 69 párrocos, 22 misioneros, ó sea un total de 206 Religiosos y 44 Religiosas. A su cuidado están confiadas 700,000 almas, y en 1890, administraron 27,576 bautismos y celebraron 7,307 matrimonios.

**La Santa Infancia.**—El 25 de Marzo cumplieron cincuenta años que el Obispo de Nancy y de Tul, Ilmo. Forbin Janson, antiguo misionero en China, fundó en París la Obra de la Santa Infancia, Asociación destinada al bautismo y rescate de los niños en los países de infieles, y formada por niños también. Ese crimen de lesa humanidad que mancha á los pueblos idólatras, muy especialmente en China, tuvo un remedio en esta Sociedad, hoy esparcida por todo el mundo por el celo de los Obispos y multitud de fieles empeñados en su acrecentamiento. La limosna y la oración de los niños cristianos en favor de otros niños desgraciados ha tenido un éxito asombroso; habiéndose construido multitud de orfanatorios y casas de maternidad donde se alimentan y educan millares de niños amparados por los Misioneros y Hermanas de la Caridad en la China, arrancados de las garras de la muerte temporal á que los condenaran sus crueles padres abandonándoles en las calles y caminos ó arrojándoles á los ríos millares de niños arrancados á la eterna desgracia del alma por el bautismo, publican muy alto hasta donde puede llegar el celo católico.

Desde su fundación la Santa Infancia ha logrado hacer bautizar más de un millón y doscientos mil párvulos, y ha repartido entre las Misiones la suma de 16 millones y quinientos mil duros. Tan cuantiosa suma ha procedido casi toda de las limosnas mensuales de cinco céntimos dadas por niños y niñas. Actualmente la Sociedad de la Santa Infancia auxilia 150 Misiones extranjeras, mantiene 3,000 escuelas, sufraga los gastos de 625 asilos de huérfanos, y da de comer á 150,000 hambrientos. Siendo tan grande el bien obrado por esta Sociedad, no es extraño que el Papa León XIII exhorte á todos los niños y niñas católicos á ingresar en ella.

## VARIEDADES

### LA EFICACIA DE UNA MISA

#### I

**Q**ué horribles aprestos, hermana mía! decía á otra, en voz baja, una joven doncella fuertemente atada á un grueso árbol, que á su vez lo estaba á un tronco que brotaba vigoroso sobre los restos de una vieja encina, en el centro de un inmenso bosque de la América del Norte.

—Como el tuyo, también mi corazón está aterrado y sufre horrorosa angustia, respondió la otra cautiva.

Eran éstas dos indias jóvenes, hijas del gran cacique de la tribu de los Siux, que habían sido hechas prisioneras por la de los Faucones.

—¡Pobres padres, que tanto nos aman! replicó la primera. ¡Qué dolor tan cruel será el suyo! Ellos saben muy bien la suerte que está reservada á los prisioneros de nuestros feroces enemigos. ¡Qué sería si hubiesen presenciado los gritos de júbilo y las horribles amenazas con que nos recibieron ayer tarde!... ¡Ah, hermana mía! Elevemos nuestros corazones á ese Jesús tan bueno que los sacerdotes nos han hecho conocer,



para que nos conceda la gracia de sufrir valerosamente la muerte que nos espera mañana.

—Hermana, dijo un instante después la otra de las jóvenes, tú tienes más alientos que yo si estás en disposición de poder rogar al *Gran Espíritu*. Yo me muerdo de espanto. ¡Es tan horroroso ver con los propios ojos los preparativos del atroz banquete al que haremos los honores!

—Animo, amiga mía, respondió su hermana; acuérdate de aquellos mártires que daban su vida en testimonio de su fe. ¡Nuestra muerte sería tan útil á nuestra tribu si la ofreciéramos por obtener su conversión, y aun de los que mañana...!

Y se calló temblando de espanto.

Las lágrimas de las infortunadas cautivas corrían por sus rostros, estremecíanse al mas ligero ruido, y sus párpados se volvían ansiosos por el lado de Oriente, en la atroz expectativa del primer rayo de luz que anunciara la llegada del día, que había de alumbrar su suplicio.

## II

Después de haber velado hasta muy tarde, ocupadas en los preparativos del abominable festín en que habían de ser devoradas las dos cautivas, las mujeres encargadas de esta faena se habían retirado, dejando cerca de las víctimas los vasos destinados á recibir su sangre, las provisiones de hierbas odoríferas cortadas, y el fogón preparado para ser encendido. La custodia de las prisioneras había sido confiada á dos guerreros, los cuales, convencidos de que sus cautivas no podían escaparse, se acostaron al pie de los troncos á que estaban aquéllas sujetas, y se durmieron.

Aquella misma noche el gran cacique de la tribu de los Siux, cuyas hijas eran las dos cautivas, se presentaba en el campamento de una tribu aliada de la suya. Esta tribu era á la sazón evangelizada por un santo misionero, llamado el P. Smet (1). A petición del jefe de los Siux y de sus compañeros fueron introducidos en la choza que ocupaba aquel infatigable apóstol de las Indias.

—¿Qué hay, hijos míos? ¿Por qué venís á buscarme? les dijo el P. Smet.

—Padre, mis dos hijas, que tú has bautizado, han sido robadas por nuestros crueles enemigos los Faucones. Tratábamos de sorprender esta tribu, pero hemos fracasado, y mientras nos ocupábamos en preparar nuestro ataque, una parte de ella ha venido á asaltar-nos en nuestro propio campo. Nuestros enemigos han sido rechazados, pero se han llevado á mis dos hijas, que imprudentemente habían salido con objeto de ser las primeras en saludarme á mi regreso. Tú sabes la suerte horrorosa que les está reservada; el *Gran Espíritu* que tú adoras es omnipotente. ¡Si quisieras hablarle, me devolvería mis hijas!

—Sí, es omnipotente; pero ni tú ni tus guerreros habéis querido reconocerlo por vuestro Dios, aunque

(1) Pedro Juan de Smet, sacerdote de la Compañía de Jesús, nació en Termonda (Bélgica) el 31 de Enero de 1801. Partió en 1823 para la América, consagrándose sin descanso á la evangelización de los indios. Murió el 23 de Mayo de 1873 en San Luis (Missuri).

tu mujer y tus hijas se han hecho bautizar. El Dios que yo adoro y que es el único verdadero Dios, condena el odio, el asesinato, el robo; y por el deseo del pillaje has atacado tú á los Faucones. Tú querías matar á sus guerreros, y son ellos los que te han llevado las hijas: bien merecido tienes el castigo. Tú sólo tienes la culpa de la desgracia que ha sobrevenido á las infortunadas víctimas de tus malas pasiones.

—Padre, reconozco mi falta; pido perdón de ella al *Gran Espíritu* vuestro. Pídele que me devuelva mis hijas, y te prometo que recibiremos el bautismo yo y todos los guerreros Siux.

—Jefe, creo en la sinceridad de tus palabras. Que el *Gran Espíritu*, que ve lo que pasa en tu corazón, tenga piedad de ti. Al momento voy á celebrar la Santa Misa, é invocaré á Dios pidiéndole la salvación de tus hijas, á condición de que, por tu parte, le prometerás gobernar bien tu gente y disponerla á recibir el santo bautismo; mas prométele también no atacar á ninguna de las tribus indias que viven en tu vecindad.

—Padre, la de los Faucones, nos ha hecho todo el mal que ha podido.

—Defiéndete si te atacan, pero no ataques jamás. El *Gran Espíritu* ama la paz; y si guardáis pensamientos de odio contra vuestros hermanos, será sordo á mi plegaria.

—Lo juramos, exclamaron los guerreros Siux. ¡Que el *Gran Espíritu* devuelva las hijas del jefe, y nuestra tribu reconocerá el poder de tu Dios!

## III

Mientras el piadoso misionero ofrecía el sacrificio de la Misa, suplicando á Dios que restituyera á su tribu las dos cautivas, aquellas infortunadas eran presa de un terror tan cruel como los suplicios que esperaban sufrir.

De repente y sin haber sentido el menor ruido, se vieron sorprendidas por la aparición de un niño, vestido como los de su tribu. Era su mirada tan dulce y su fisonomía tan simpática, que se sintieron las infelices cautivas invenciblemente subyugadas por él.

—Vengo á buscaros, les dijo en voz tan baja que sólo ellas la pudieron oír; y al mismo tiempo desataba con presteza extraordinaria las cuerdas con que estaban aprisionadas. ¡Seguidme!

Los guardias dormían profundamente. Las jóvenes doncellas atravesaron el campamento de sus enemigos sin ser vistas por nadie. El encantador niño, que les servía de guía, parecía resbalar por el suelo más bien que caminar, y las fugitivas se sentían arrastradas con tal rapidez, que bien pronto llegaron á los confines de los bosques ocupados por la tribu de los Faucones.

Al otro lado se extendía una vasta pradera que separaba el territorio de sus enemigos del de los Siux. Las dos fugitivas la franquearon con la misma velocidad, siguiendo á su amable guía, que no las abandonó hasta haber entrado ya en el territorio de su tribu. Cuando llegaron á él les señaló con la mano la dirección que habían de tomar, y desapareció sin que ellas pudieran darse cuenta de lo que de él había sido.

—¿No será éste uno de los Angeles que el *Gran Espíritu* haya enviado en auxilio nuestro? se decían mu-



tuamente las dos fugitivas, dando gracias á Dios con toda la efusión de sus corazones.

El cielo blanqueaba por el Oriente, y las primeras vislumbres del día permitían á las dos jóvenes seguir los estrechos desfiladeros de la selva.

A esa hora había terminado el P. Smet el santo sacrificio de la Misa.

—Está bien, dijo al jefe Siux; levántate y vuelve á tu tribu; pero teme mucho engañar á Dios, porque los peligros que han corrido tus hijas no han desaparecido por completo, y no serán salvadas sino según la sinceridad de tus promesas.

Mientras el jefe regresaba á su campamento, sus hijas continuaban la fuga siguiendo siempre la dirección que se les había indicado. Era ya muy avanzada la tarde cuando reconocieron con gozo inexplicable, que estaban cerca de los lugares ocupados por su tribu. Se dispó su terror, y pudieron al fin conversar sin temor del terrible peligro de que habían sido libradas por manifiesta protección de Dios. Sus corazones se derramaron en la más efusiva acción de gracias, y se dieron palabra de ser las misioneras de Jesús, que les había enviado uno de sus Angeles en su auxilio.

Poco después llegaron á una eminencia, desde la que se veía distintamente como las humaredas de su campo se elevaban hacia el cielo. Hincáronse de rodillas para dar nuevamente gracias á Dios, y luego se abrazaron mutuamente, derramando lágrimas de gozo; cuando una de ellas, mirando para atrás, se estremeció, poseída de espantoso terror, y echándose en tierra, dijo en voz baja á su hermana:

—Pronto, bajémonos: dos guerreros Faucones trepan la colina, siguiendo nuestro mismo camino.

Desde que se apercibieron de la fuga de sus prisioneras, los Faucones las buscaron por todos los alrededores de su campo, y no pudiendo hallarlas, los más ágiles se dieron á su persecución por el lado de los bosques habitados por la tribu de los Siux, persuadiéndose de que no tardarían en alcanzarlas. Mas aunque se diseminaron en una gran extensión para que no se les escaparan las huellas de las fugitivas, no pudieron descubrir ninguna, y volvieron uno tras otro, diciendo que únicamente el *Gran Espíritu* pudo haberlas ocultado de esa manera.

Sólo dos guerreros, aquellos á quienes se había confiado la custodia de las prisioneras, furiosos del fracaso de su vigilancia, se obstinaron en buscarlas. Después de haber atravesado la pradera que separaba sus bosques de los pertenecientes á los Siux, habían observado huellas que podían muy bien ser de las fugitivas; y aunque no sabían explicarse cómo podían haber llegado hasta allí antes que ellos; se lanzaron, sin embargo, á todo riesgo por aquellos vestigios, y no estaban lejos de apoderarse de ellas, cuando los distinguieron.

Había allí cerca un enorme jaral, espesísimo y casi impenetrable. Allí se colaron, pues, las fugitivas, tapándose y colocando los ramajes lo mejor posible para disimular su paso.

Apenas se habían acurrucado, cuando un crujido de ramas en lugar muy próximo á ellas redobló su espanto, y al momento oyeron la voz de sus enemigos.

—Estos sitios, decían, están llenos de huellas fres-

cas de mujeres y niños; pero es imposible reconocerlos. Estamos muy cerca del campamento de los Siux, y sería una imprudencia detenernos aquí; nuestras fugitivas no pueden habérsenos adelantado tanto; las encontraremos á la vuelta.

Descansaron un instante en la altura, y luego retrocedieron.

Las jóvenes no salieron del refugio que las había ocultado á las miradas de sus enemigos sino cuando juzgaron que éstos se habían alejado bastante, y volvieron á emprender su camino, encomendándose á *Aquel* que tan eficazmente las había protegido hasta entonces.

El jefe de los Siux acababa de llegar á su tribu, y refería su visita al piadoso misionero, cuando gritos ruidosísimos de alegría interrumpieron su narración. Motivábalos la llegada de las jóvenes, que habían sido salvadas, coincidiendo su libertad con la ofrenda del Santo Sacrificio, celebrado á esta intención.

La manera como las dos jóvenes habían sido libradas de una muerte horrorosa conmovió vivamente á los Siux, y los convenció del poder del Dios de los cristianos.

—¡Pongámonos de rodillas para adorarlo y darle gracias! dijo el jefe de los Siux.

Todos le imitaron, y algunos días después los guerreros Siux eran bautizados por el piadoso misionero. La ofrenda de la Santa Misa en favor de las dos cautivas había conseguido que los efectos de la misericordia divina para con ellas produjese la conversión de su tribu.—*L. de Cissej.*

#### COSTUMBRES JAPONESAS

El Japón es un país esencialmente húmedo, donde las lluvias son constantes. Por término medio llueve allí de cien á doscientos días al año. Durante el verano el aire se halla saturado de humedad, y la temperatura, sujeta á variaciones sumamente rápidas, es tan elevada como en la Indo-China.

En invierno es muy frío.

Las casas son bajas y se encuentran mal dispuestas contra la intemperie, y abiertas á todos los vientos.

Tanto en invierno como en verano los indígenas llevan el pecho y las piernas desnudas y la cabeza descubierta.

Uno de los usos más universalmente extendidos, tanto entre la clase rica como en la población pobre, es el de los baños.

Los japoneses toman todas las noches y con frecuencia dos veces al día, baños de agua caliente, cuya temperatura no suele bajar de 42° centígrados.

En ocasiones sube la temperatura hasta 50°.

Hombres y mujeres, niños y viejos, sin distinción de edades ni de sexos, se bañan en la misma agua.

En ciertos establecimientos, como medida de pudor, los baños destinados á las mujeres hallanse separados por una cuerda por debajo de la cual se prohíbe pasar.

Antes de sumergirse en el baño común, los bañistas cuidan de lavarse con agua tibia y jabón.

Al cabo de algunos minutos, salen del baño caliente con la piel roja como la escarlata, cual si fuesen crus-



táceos cocidos, y hacen que les echen agua fría por todo el cuerpo.

La temperatura de éste se mantiene por espacio de algunas horas á 38 y 39°5.

Tal vez por esto los japoneses disfrutan de una inmunidad extraordinaria á prueba de reumatismos, tan frecuentes en Europa.

También se atribuye la ausencia completa del raquitismo y de las enfermedades de la infancia en el Japón, así como la escasa mortalidad de niños, á la alimentación lacteada y maternal que se prolonga hasta la edad de cinco, seis y hasta siete años.

A los niños japoneses no los oprimen con pañales; usan vestidos amplios, abiertos por delante, que dejan al aire las piernas, y cosa curiosa, aprenden muy pronto á servirse del calzado nacional, *geta*, y andan y corren sin caerse con aquellas especies de almadreñas finas.

#### LA ASTRONOMÍA EN EL ÁFRICA CENTRAL

El P. Vincke explica en una carta escrita desde Kibanga algunos detalles sobre conocimientos astronómicos de los negros de la ribera occidental del lago Tanganika. A pesar de que el sol pasa dos veces por año perpendicularmente sobre sus cabezas, no se preocupan de su marcha y no tienen ninguna idea del año solar; pero la luna juega gran papel en los actos de su vida. Celebran el novilunio con redobles de tambor, fusilazos y gritos de alegría. En muchas tribus africanas la aparición de la luna nueva se festeja con danzas generales: para conocer la edad de la luna, guardan un manojo de veintiocho ó treinta palillos, y tiran uno cada día. Para conocer las estaciones y determinar la época de los trabajos agrícolas, de la pesca, etc., consultan las estrellas. Así la salida de las Pléyades indica la época de las semillas, que se celebra con danzas y festejos en honor de los difuntos. Esta constelación la llaman *Kili*, es decir, semillas. La vía láctea la denominan *Luruma ne nza-mo ne buzoho*, límite de la sequedad y de la lluvia, y no sin motivo, pues cuando aparece por Oriente en el momento de ponerse el sol, principia la época de las lluvias. La salida de Orión, *Lusive*, indica la época de la pesca del *nonzi*. Otra estrella, de la que el P. Vincke no da la sinonimia, la llaman *Kila Zenghe*, que significa pisón de mandioca. Cuando se halla en el cenit, las mujeres principian á machacar mandioca para la comida de la noche. Aldebarán lleva el nombre de Brillante del Norte, *Kalama cha munza*; Sirio, el de Brillante del Sur, *Kalama cha kiana*. El Centauro, con la cruz del Sur, y el Navío, que comprende la bella estrella Canopé, invisible en Europa, las llaman los negros *Maziva y Mironzo*, es decir, "senderos" y "doceñas," porque enseñan el camino del polo Sur y están compuestas de gran número de estrellas.

#### BIBLIOGRAFÍA

Hemos tenido el gusto de recibir el libro recientemente publicado en Florencia con el título de *Suor Adele e il suo monastero*, traducido libremente del español al italiano por el P. Marcelino de Civezza, menor observante. Comprenderán desde luego nues-

tros lectores que se trata de la obrita que años ha se viene leyendo con tanto interés y fruto en nuestra patria bajo el título de *Mi claustro*, por sor Adela. Excusado es, por lo mismo, que les demos noticia de su asunto, y nada más añadiríamos aparte de loar como se merece la elegancia de la traducción y el esmero de la parte tipográfica, si no fuese por las importantes revelaciones del respetable Religioso respecto al verdadero autor de la obra citada y de *Las Ruínas de mi convento*.

A más de las notables variaciones que ha introducido en la narración, debidas tal vez á intimas confidencias que le hiciera el autor para publicarlas á su tiempo, dice el P. Marcelino en el prólogo de la nueva traducción:

«¿Quién no ha leído aquella historia á la vez grata y terrible que, publicada algunos años ha en España con el título de *Las Ruínas de mi convento*, fué traducida en breve á todas las principales lenguas de Europa, y que las ediciones alemana é italiana atribuían á un franciscano, Fr. Manuel de Calasanz?...»

«¿Quién sea el autor de esta perla de la literatura española, hasta hoy ignorado por voluntad del mismo, puedo yo manifestarlo con seguridad. En Abril de 1877 encontrábame en Barcelona hospedado por mi venerable hermano en Religión el P. Ramón Buldú (nombre conocido en toda España): conversando un día con él sobre varios asuntos, le interrogué acerca el verdadero autor del libro *Las Ruínas de mi convento*, pareciéndome que si era franciscano, como Loning y otros afirmaban, convenía que se hiciese público. Sonrióse al oír mi pregunta, y me dijo:

«—A V. se lo revelaré, bajo palabra de no publicarlo antes de mi muerte.

«Y habiéndole yo asegurado el sigilo, añadió:

«—El verdadero autor lo tiene V. en su presencia.»

«Si tú, lector benévolo, me preguntas: ¿Es acaso cierta esta historia de sor Adela y el fraile? me apresuro á declararte que mi interlocutor no me dejó ninguna duda de su certeza, y que un día visité con él el pueblo y la casa donde nació Adela, teatro de los crímenes que tanto desolaron su alma, crímenes que, repetidos en todos los ángulos de la Península española, la bañaron en sangre fraterna.

«Ahora, pues, que puedo manifestar sin reserva el nombre de este Padre veneradísimo, ya difunto, cumplo la promesa de traducir libremente á nuestra lengua esta triste historia, y publicarla, promesa que hice no á él solamente, sino también al ilustre censor de dicho libro en su lengua original, Ilmo. Joaquín Lluch y Garriga, obispo en 1877 de la diócesis de Barcelona y después Cardenal Arzobispo de Sevilla, donde murió.»

Al frente de un capítulo que al fin de la obra añade el traductor, pone un retrato de exacto parecido por el que se viene en conocimiento de que el autor es además el héroe de la historia, que algunos supusieron novela, pues lleva por epígrafe: *Fray Manuel (P. Ramón Buldú)*.

Otro retrato, el del P. Marcelino de Civezza, y varios preciosos grabados enriquecen la obra, que forma un elegante volumen de 180 páginas en 8.º

#### SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

C. de L., pidiendo la protección de San José...	10	ptas.
Pablo Folchs, de Remedios (isla de Cuba)...	3	»
Una devota...	2	»

Para la Propagación de la Fe

José Navarro y Salinas, de San Ildefonso...	150	»
---	-----	---

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.